EL TEATRO
MODERNO



La novela de Rosario

Pedro Muñoz-Seca

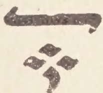
EL TEATRO MODERNO
AÑO III 29 octubre 1927 NÚM. 112

Pedro Muñoz Seca

LA NOVELA DE ROSARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Eslava, de Madrid, el 8 de octubre de 1926



PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosario	*Pepita Meliá.*
Virginia	*Rafaela Rodríguez.*
Doña Isabel	*Carmen Sánchez.*
Constancia	*Carmen Palencia.*
Florencia	*María Melgarejo.*
Sor Ignacia	*Catalina Cerviño.*
Gemelina	*Esperanza Medina.*
Mary	*Angelita Palencia.*
Pepe	*Benito Cibrián.*
Aurelio	*José G. Castro.*
Don Nazario	*Aurelio Castaños.*
Modesto	*Joaquín Regalez.*
Ramón	*Fernando Venegas.*
Eladio	*Delfín Prieto.*
Mauricio	*Emilio González.*
Luis	*Leopoldo O. Rocafull.*

ACTO PRIMERO

Una habitación bien decorada y lindamente amueblada en casa de Rosario. Una puerta en cada lateral y un balcón en el foro. La acción en Torrenueva, pueblo que se supone en Andalucía, a la orilla del mar. En nuestros días; en el mes de junio.

(Al levantarse el telón están en escena Rosario y Constancia, dos muchachas como de veinte años, monísimas y muy elegantes.)

ROSA. *(Por una cinta ancha, bordada, que tiene en la mano.)* Está bonita, ¿verdad?

CONS. Lindísima. Me gusta más que la que mandaste el año pasado.

ROSA. Espera: la voy a poner en su caja para que vaya bien presentada. *(Toma una caja de cartón y unos papeles de seda y guarda cuidadosamente la cinta.)*

CONS. Lástima de trabajo para una fiesta tan retecursi. Porque hija, eso de las carreras de cintas en bicicletas es de una cursilería aplastante. El único año que yo he asistido volví a casa con paperas.

ROSA. ¡Mujer, por Dios! Qué tiene que ver una cosa con la otra...

CONS. ¡Hay una clase de festejos! Este de las carreras de cintas en bicicletas debió inventarlo un francés. Estoy viendo el chaquet en el sillín.

ROSA. A mí me parece también una tontería; pero como la familia de Aurelio tiene interés en complacer al alcalde, y como no hay festejo en Torrenueva que yo no presida... Y algunas veces asiste una a estas cosas con gusto; la cuestión es pasar el rato; pero hay días que...

CONS. Lo comprendo. Estando Aurelio fuera... ¿Cuánto lleva por ahí?

ROSA. Quince días. La última carta está fechada en

París. *(A un gesto de Constancia.)* ¿Por qué pones esa cara?

CONS. Por nada, mujer.

ROSA. No; tú quieres decirme algo. Te conozco muy bien. Habla.

CONS. Hija, estás tan ilusionada con él y hasta con su familia... Yo comprendo que es para ilusionarse, porque Aurelio es el mejor partido, no ya de Torrenueva, de toda la región. Guapo, rico, de una familia distinguida... Ahora que...

ROSA. ¿Qué?

CONS. Mira, que es una familia demasiado distinguida. Marean ya de tanta distinción. Yo, cuando voy a visitarles, salgo siempre con dolor de cabeza, y es de distinguidos que son todos. Ya ves que mi padre es título y grande de España, cosa que ellos no tienen ni por donde les venga. Bueno; pues a mí me miran de arriba abajo de un modo que destempla.

ROSA. Vamos, criatura.

CONS. No te exagero. Sale uno de allí con décimas. Como tenemos poquito dinero y mi madre es una Gómez cualquiera...

ROSA. Tú abultas mucho las cosas, Constancia. A mí, aun conociendo mis relaciones con Aurelio, me reciben todos con cariño y me ponen buena cara. Y saben de sobra que si bien mi abuelo fué un pintor notable, mi padre no fué más que un oficial del Ejército, y mi madre es... otra Gómez cualquiera, como tú dices, que no sólo no es aristócrata, sino que la pobre tiene que ganarse la vida trabajando como una negra.

CONS. Pues cuando menos te lo esperes... Bueno, no quiero ser pesimista; pero es una gentecita, Rosario... ¡Cuidado que son tiesos! Parece que no comen más que almidón. *(Ríen.)*

ROSA. ¡Qué cosas tienes!

CONS. Escucha: ¿y qué es lo que hace tu madre en París?

ROSA. Está de dibujante en la Maison Grandén, la mejor casa de modas de Francia. Casi todos

los modelos bonitos que ves por ahí son obra suya. El abuelo la enseñó a pintar, y gracias a eso ha podido salir adelante y hasta reunir una pequeña fortuna para que la abuela y yo podamos vivir felices. Claro que más felices viviríamos si pudiéramos estar todos juntos; pero como la abuelita no puede vivir más que en países cálidos y a la orilla del mar... Desde el 15 de junio hasta el 15 de septiembre que tiene mamá vacaciones, nos vamos a una casita que ha comprado en Asturias, en lo más alto de un monte. La abuelita se instala allí cerca, en Ribadesella, y nosotros nos pasamos en aquellos picachos una temporada deliciosa. ¡Me cuenta una de cosas divertidas! ¡Es tan graciosa! ¡Y tan guapa!... ¡Si vieras qué guapa es, Constancia!

CONS. Viéndote a ti...

ROSA. ¡Quita! Yo no me parezco ni a su sombra.

CONS. ¿Y es verdad que tu madre y tu abuela no se llevan bien?

ROSA. Mujer, madre e hija, ¿cómo no van a llevarse bien?... Claro que tienen sus puntos de vista y discuten; pero nada más. Lo que sucede es que como la abuela tiene ese genio con todo el mundo... Sólo es blanda conmigo. Claro, puede decirse que ha sido mi verdadera madre... Porque salvo esas pequeñas temporadas, siempre he vivido con la abuelita.

CONS. A mí el geniazo de tu abuela me hace una gracia que me monda. Cuando se pelea con Pepe el jardinero, se pone de divertida que, vamos, yo me río hasta congestionarme. La otra tarde salí de aquí con anginas, no te digo más. ¡Es mucha doña Isabel!

ROSA. Por cierto que voy a llamarla, porque quiero que lleven la cinta cuanto antes, y como ella no disponga las cosas, se enfada muchísimo. *(Llamando hacia el lateral izquierdo.)* ¡Abuela!... ¡Abuela!... Estará limpiando algún armario. Ese trasteo la disloca. Los arregla una

vez a la semana, y como varía las cosas de sitio, pues no sabe nunca dónde tiene lo que necesita. *(Por la puerta de la izquierda entra en escena doña Isabel; ha cumplido ya los setenta años, y aunque algo encorvadilla, está ágil y entera. Habla nerviosa y rabiosillamente.)*

ISABEL. Ni estoy arreglando armarios, ni me disloca ese trasteo, ni dejo de saber dónde tengo las cosas, habladora, que eres una habladora.

ROSA. ¡Qué feo es eso de escuchar detrás de las puertas, abuela!

ISABEL. Yo no he hecho eso nunca, para que te enteres. ¡Mal pensada! Venía hacia aquí y sin querer he oído las tonterías que estabas diciendo.

ROSA. Bueno; no te enfades.

ISABEL. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que Pepe lleve la cinta al Ayuntamiento?

ROSA. Sí; al Ayuntamiento o adonde sea, y que pregunte a qué hora va a venir el coche a recogerme.

ISABEL. Aguarda. *(Acercándose a la puerta de la izquierda.)* Manolita.

ROSA. ¿Por qué no llamas al timbre?

ISABEL. Pero si está aquí, mujer. Se empeñó en arreglar el armario de las sábanas... *(De espaldas a Rosario y al mismo tiempo que ésta hace un guiño significativo a Constancia.)* Sin guiños...

ROSA. Por Dios, abuela. *(Rosario y Constancia se miran asombradas.)*

ISABEL. *(Hablando hacia el lateral.)* Manolita, busca a Pepe y dile que venga.

CONS. *(Guiñando a Rosario y aprovechando que doña Isabel sigue de espaldas.)* La gracia que me hace a mí Pepe.

ISABEL. *(Sin volverse.)* Y le guiñas también, ¿verdad?

CONS. *(Boquiabierta.)* Pero, por Dios, señora. ¿Es que tiene usted algún espejo?

ISABEL. Tengo setenta y dos años, mocosa..., y he guiñado muchísimo en esta vida. Para que lo sepas. *(Se sienta.)*

ROSA. *(Acariciándola.)* ¡Qué abuela tan listísima tengo!

ISABEL. Y escucha tú, cobera. ¿No te parece raro que no hayan mandado por tu cinta? Dicen las muchachas que todas, menos la tuya, estaban anoche expuestas en los escaparates de la calle Ancha.

ROSA. Como no les avisé ni he visto a nadie en estos días... Aún no sé cómo van a ir las demás, si de mantilla o sin nada a la cabeza. Que Pepe lo pregunte.

ISABEL. Muchas cosas me parecen ya para Pepe. No creo que le quepan tantas cosas en la mollera.

ROSA. ¡Por Dios, abuela!

ISABEL. Estoy deseando que Aurelio le encuentre en Madrid esa colocación que le ha prometido, y que se vaya de una vez. Me saca de quicio con sus cosas. No lo puedo remediar. A mí todo el que se las da de gracioso me revienta, y este pobrecito se cree el ángel de la gracia. *(A Constancia, que ríe.)* Y tú, risueña: ¿has bordado cinta también?

CONS. Quiá; no, señora. Yo me he hecho la loca y no he mandado nada este año. No están los tiempos para cintitas. Además, que como no corren muchachos conocidos. Porque hay que ver la clase de gente que tiene bicicleta. Una gente rarísima. Crea usted que cada año están peores los festejos de junio, doña Isabel.

ISABEL. Nosotras, como llevamos aquí poco tiempo...

CONS. Lo que es para mí pasa la feria sin que yo disfrute de nada. El teatro, como lo ponen tan carísimo, dice papá que nones; el cine, como lo ponen tan oscurísimo, dice mamá que miau.

ISABEL. *(Riendo.)* Mira qué graciosa.

CONS. Y el baile, como aquí es tan sumamente agarrao... Porque es que los pollos parecen náufragos.

ISABEL. Claro, vosotras con la manía de las delgadeces parecéis tablas...

PEPE. *(Jardinero de unos treinta y tantos años, muy*

simpático, en traje de mecánica. Por la izquierda.) ¿Se puede?

ISABEL. Pase usted.

PEPE. Buenas tardes a tos y la compaña.

ISABEL. *(Remedándole.)* Y la compaña.

PEPE. ¿Qué pasa con la compaña?

ISABEL. Que si ha dicho usted buenas tardes a todos, sobra la compaña.

PEPE. *(Riendo la gracia.)* Pues si sobra, que se vaya... ¡Je, je!...

ISABEL. ¿Ya empezamos?

PEPE. Señora, si me estasté buscando las cosquillas dende que s'alevanta, y s'alevanta usté a las sinco... Que si to er mundo fuera como usté, er que inventó los despertaores s'había tenío que pegar un tiro. *(Riendo como antes.)* ¡Je, je!...

ISABEL. Bueno, bueno...

PEPE. A las gallinas las tiene asombrá. Como que por eso creo yo que no ponen.

ISABEL. Que no ponen, ¿verdad? Pues yo digo que ponen; sólo que hay un duende que se lleva los huevos.

PEPE. Pero a sus años, ¿va usté a creé en duendes, señora?

ISABEL. Porque ellas bien que cacarean, que se pasan el día cantando.

PEPE. Eso es de flamencas que son. *(Ríe Constancia.)*

ISABEL. Sólo falta que le rías la gracia.

PEPE. Déjela usted que se ría, que es un borbotón de salero; bendita sea la mare que la parió.

ISABEL. *(Severa.)* ¡Pepe!

ROSA. *(Idem.)* ¡Pero Pepe!...

PEPE. ¿Me he escurrío? Ea, pos a dispensá y a mandá, que un resbalón lo pega cuarquiera. ¿No s'habéis encontrao nunca en la sera una cascarita de melón? *(Mirando a Constancia chulona y codiciosamente.)* ¡Josú, Dios mío de mi arma, qué cáscara!...

ISABEL. Bien: basta. *(Dándole la caja de la cinta.)* Va usted a llevar esta cinta al Ayuntamiento o al

encargado de la organización de las carreras.

PEPE. Sí, señora. Don Juan Ramíre le disen. Ese se encarga siempre de organisá to lo que no sirve pa na y pué dejá un duro. De argo ha de viví ca cuá.

ISABEL. Pregunte usted a qué hora va a venir el coche a recoger a la señorita.

PEPE. A las seis lo tiene sitao, que yo lo sé por mi compare Antonio Molina, que lo va a llevá; pero, en fin, yo lo preguntaré.

ROSA. ¡Ah! Y pregunta también cómo van a ir las demás presidentas, si con mantilla o sin mantilla.

PEPE. Sí, señora. *(Con la caja en la mano.)* ¿Se pué ve la sinta?

ISABEL. *(Desesperada.)* ¡Jesús!

ROSA. Sí, hombre; véala usted.

PEPE. *(Destapando la caja.)* Y ole... ¡Viva España!... ¡Jozú qué manos!... ¡M'hasía yo una relojera con esto!... *(Guardando la cinta.)* Lástima de trabajo para esa mojiguanga. Porque antes, cuando se corrían las sintas a caballo, era otra cosa. Había güenos caballistas que se presentaban con las jacas muy adornás y veía uno caracoleo, corvetas, cabriolas y cosas bonitas; que todo lo que sea mandá en un animá tiene mérito.

ISABEL. Según el animal que sea.

PEPE. Pero esto de las bicicletas es de un malage... Pa el año que viene quiere don Damián, el de la droguería, que se corran las sintas en For.

ROSA. ¡Qué ocurrencia!

PEPE. Como él vende la gasolina... ¡Je, je!...

CONS. Me han dicho que se quiere usted marchar de Torrenueva.

ISABEL. Sí; dale, dale conversación. Como él necesita que le tiren de la lengua...

PEPE. ¡Ay, doña Isabé, doña Isabé!...

CONS. No; si yo le hacía esa pregunta, porque es muy extraño... ¿Tan mal le va en Torrenueva?

PEPE. No es que me vaya mal. Es que yo nesesito

pegá un sarto, que aquí la señorita Rosario lo sabe, y ese sarto no lo puedo yo pegá en Torrenueva, porque iban a prinsipiá con guasita y con pullita, que yo conozco a mi gente, y yo iba a liarme a guantaso con to er mundo, que yo me conozco también, y pa qué acabá malamente.

CONS. ¿Eh? ¿Pero...?

ROSA. Sí, mujer, ¿no sabes? Es que va a dejar de ser republicano.

CONS. ¿Es de veras?

PEPE. ¿Cómo que vi a dejá? Que dejé de serlo hase tres meses largos. Bueno; yo era republicano porque, claro, allá en er Casinillo der gremio me dijeron: "Cucha, Pepe: tú serás de los nuestros, ¿no?" "Bueno, hombre; ¿qué va uno a se sino de los de uno?" "Es que nosotros semo republicano." "Bueno; pues apuntarme." Y me apuntaron. Ahora, que aluego pensaba yo en mis solicolios: "Hombre, hay que se tonto y hay que tené ganas de tragá paquete pa se republicano en un país aonde un duro que coges, que te dan ganas de besarlo, tiene el retrato del Rey, y aonde un sello que compres que lo tienes cuasi que besá pa untarlo, tiene el retrato del Rey.

CONS. Claro.

PEPE. Además, que el Rey estuvo aquí cuando lo del pantano, y lo vi yo de serca, y es un hombre como los demá, porque pasó por la misma verea que yo había pasao el día anterió, y estuvo hablando con las hijas del guarda y que yo había estado hablando con ellas dos horas antes, y sobre to, que cuando iba pa la estación se cruzó conmigo en la carretera, yo me quité er sombrero asín..., y él me hizo asín con la mano... *(Saluda.)*, con un aqué, y con un áge, y con un..., como uno, que allí mismo pegué yo el sarto. Ahora que de esto... *(Señal de silencio.)*

CONS. ¡Por Dios!

ROSA. ¡No faltaría más!

PEPE. Aquí la gente es muy espesiá, y eso de que se güerva uno la camisa lo toman mu malamente. Y si no, ahí está Paco Sanluquita, el arriero, que era antes socialista y ahora se ha hecho del somatén, y que va a tenerse que di der pueblo, porque como él es argo tartamudo y dice que es so...matenista, la gente l'ha tomao con él y le dan unos bocinazos de "¡¡So!!" que le paran la recua.

ISABEL. *(Que ya no puede más.)* Bueno, mire usted: a mí se me ha acabado la paciencia. ¿Usted va a hacer esos encargos, sí o no?

PEPE. Señora, como las balas. ¿Pa que está uno? De manera que da la sinta y preguntá lo der coche y lo de la mantilla; que irán sin mantilla, porque ¿aónde se van a clavá la peineta, si ninguna tiene pelo ni tiene na? Toas a lo gansón. ¡Camará con lo gansón! Que a mí me preguntaron el otro día: "Cucha, Pepe, hijo: ¿qué es lo gansón?" Y dije yo: "Pos debe ser una cosa asín como la filorsera, porque no ha dejao ni una mata"... ¡Je, je!... *(Ríen Rosario y Constancia.)* ¿Verdá que no estuve pesao?... ¡Je, je!... *(A doña Isabel, que, dada a los demonios, se revuelve en su asiento.)* ¡Huy, que no me pué ve!... ¡Que no me pué ve!... *(Como asustándola.)* ¡Uuuuuh!...

ROSA. *(Severamente.)* ¡Pepe!

ISABEL. *(Furiosa.)* Pero ¿qué es esto?...

PEPE. *(Disponiéndose a hacer mutis.)* ¡Na, hombre, na! ¿Es que no puede uno da una broma?

ISABEL. ¡No, señor!

PEPE. ¡Está bien! ¡Chavó y qué orgullo! *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¿A que vi a tené que se republicano? *(Vase.)*

ISABEL. No se le puede dejar hablar. ¿Estáis viendo? Se le da el pie y se toma la mano y... algo más; llegará un día a darnos azotes. ¡Ay! Las ganas que tengo de que se vaya de una vez.

ROSA. Bueno, abuelita; ¿vas a venir a las carreras?

ISABEL. ¿Yo? Vamos, criatura; ni que estuviera yo loca. Con el calor que hace... Quita, quita...

ROSA. Entonces el recado que he debido mandar es que no vengan a recogerme; porque tengo tan pocas ganas de ir a ninguna parte...

ISABEL. ¿Tampoco hoy? Me parece, hija mía, que estás tú tomando muy en serio lo. . de ese muchacho. Llevas quince días que no vas a ninguna parte; a la iglesia, y pare usted de contar, y para un tonteo sin importancia, creo que guardas demasiadas consideraciones.

ROSA. No es tonteo sin importancia, abuela. Constancia te lo puede decir.

ISABEL. ¿Eh?

ROSA. Además, en varias ocasiones te he dado a entender...

ISABEL. Será que soy mala entendedora...

ROSA. O que el temor de que tengamos que separarnos alguna vez te hace desear que me quede para vestir santos. Sólo el hablar de la posibilidad de que me case algún día parece que te inspira miedo...

ISABEL. Nada de eso... *(A Constancia.)* No la creas Son exageraciones suyas.

ROSA. ¡Si, sí!

ISABEL. Acuérdate de cuando creíste que tenías vocación religiosa, que yo era la primera en fomentarte la vocación. Y no creo que fuera para meterme en el convento contigo.

CONS. ¡Ah! Pero ¿ésta...?

ISABEL. Sí; siempre ha tenido un repuntillo... Y lo que es por mí... Yo creo que en los conventos se está mejor que en ninguna parte. ¡Si yo hubiera sabido a la edad de ésta todo lo que hay que sufrir en este mundo!... Pero, en fin, si Aurelio te quiere de verdad y es tan buen muchacho como dicen...

ROSA. Yo creo que sí. ¿Verdad, Constancia?

CONS. Mujer, aquí es el número uno en todo. Si en este viaje no se ha echado a perder... Porque ese París...

ISABEL. *(Inquieta.)* ¿Eh?. . ¿Ha ido a París?
ROSA. A unos encargos de su padre. Allí habrá visto a mamá.
ISABEL. *(Inquietísima.)* ¿Qué?
ROSA. Le dije que la visitara y que le pidiera su autorización para continuar nuestras relaciones. ¿No te parece puesto en razón? Aurelio debe conocer a mi madre, como es justo que ella conozca al que quiere ser mi marido.
ISABEL. ¿Y lo mandaste a... a su casa?
ROSA. Le dije que la buscara allí o en la casa de modas.
ISABEL. Has hecho mal, Rosario.
ROSA. ¿Eh?
ISABEL. Debiste consultarme primero. Ha sido una imprudencia...
ROSA. ¿Imprudencia el que se vean y se hablen?
ISABEL. Claro. Sin haber yo advertido a tu madre..., le parecerá raro... Creerá que le hemos ocultado lo de las relaciones por alguna causa...
ROSA. ¡Bah! Te preocupas por unas cosas... *(A Constancia.)* ¿Verdad?
CONS. Hija, qué sé yo. *(Rumor de voces dentro.)*
ISABEL. ¿Quién habla?...
CONS. *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* Es Virginia, la manicura.
ISABEL. ¡Jesús!... Estaba por quitarme de en medio. Es una mujer que me marea.
CONS. Por Dios, doña Isabel; con lo divertidísima que es. Y eso que la pobre no creo que venga hoy con ganas de divertir a nadie.
ROSA. ¿Es cierto que se le ha escapado la hija?
CONS. Hace ya más de una semana. Creo que está en Madrid.
ISABEL. Ya le dije yo que el admitir huéspedes en su casa teniendo una hija tan... nerviosa, me parecía un peligro.
ROSA. ¡Qué locura de muchacha!
ISABEL. No le hablen ustedes del asunto; ni le pregunten siquiera; me parece una crueldad recordarla su pesadumbre.

CONS. Serán inútiles esas precauciones. Virginia es de las que lo cuentan todo.

ROSA. Aquí está.

VIRGI. *(Por la puerta de la derecha.)* ¿Se puede?

ISABEL. Adelante, Virginia.

VIRGI. Muy buenas tardes... *(Es andaluza, frisa en los cuarenta y cinco años, es muy simpática y viene en plan de doliente, demostrando que soporta la mayor de las contrariedades. Todo en ella es triste: la voz, la cara, los ademanes, hasta el traje, y, sin embargo, es una tristeza que no inspira compasión; casi hace reír.)*

ROSA. Hola, Virginia.

CONS. Buenas tardes.

VIRGI. ¿Cómo están ustedes?

ISABEL. Bien. ¿Y usted?

VIRGI. ¿Yo?... ¡Cómo he de estar! Arrastrando esta vida, que no es vida, doña Isabelita. ¡Ay!

ROSA. Siéntese, Virginia.

VIRGI. *(Suspirando de nuevo y sentándose.)* ¡Ay! Con su permiso.

ISABEL. Espera; pediré a Damiana lo necesario... *(Mutis por la izquierda.)*

ROSA. Sí; que Virginia puede tener prisa...

VIRGI. ¿Prisa yo? ¡Ay, Rosarito!... Yo no tengo prisa más que por dejar este mundo asqueroso, lleno de miseria y de lodo... *(Se seca una lágrima.)*

CONS. ¡Vamos, Virginia!...

ROSA. ¡Válgame Dios, mujer! *(Pausa.)*

ISABEL. *(Entrando de nuevo con un cacharrillo con agua y una toalla.)* ¿Qué sucede?...

VIRGI. ¡Ay, qué sino tan perrunísimo tengo, doña Isabel!... ¿Se han enterao ustedes de lo mío?

ISABEL. Algo ha llegado hasta aquí. ¡La gente habla tanto!... *(Lo disponen todo para que Virginia haga las uñas a Rosarito.)*

VIRGI. ¡Qué sambenito, hija mía!... ¡Qué sambenito tan horroroso!... Y perdóneme San Benito... ¡A mí! ¡A Virginia Sosa y Medialdea! ¡A una

madre como yo!... ¡Manchar así mi buen nombre!...

ISABEL. Hablemos de otra cosa, Virginia.

VIRGI. *(Distribuyendo en la mesita sus utensilios.)* Yo no sé hablar más que de eso, doña Isabelita. No tengo otra conversación ni otro pensamiento.

ISABEL. Si es por su gusto.

VIRGI. *(Trabajando.)* ¡Infame!... ¡Infame!...

CONS. ¡Vamos, mujer!...

VIRGI. *(A doña Isabel.)* Y casi me atoré yo de risa cuando me dijo usted: "Mire usted, Virginia, que el admitir huéspedes en su casa es un peligro muy grande para Gemolina... Mire usted que yo sé lo que es el mundo..." ¡Ya lo creo que lo sabe usted ¡Tiene usted una pituitaria de podenco!... Pero estaba ciega. ¡Ciega!

ISABEL. No es de usted la culpa, Virginia. Es que la que nace serrana...

VIRGI. Tiene usted razón; y lo que toca a mi niña en punto a ese punto de la serranía, me ha resultado rondeña. ¡Pobrecita de mi alma! ¡Con catorce gatos en la barriga, y yo sin haberlos oído maullar!... ¡Que si yo me doy cuenta, de la primera bofetada le dejo colorete para un año!... ¡Mala pécora!... Si tiene a quien salir!... ¡Si su padre...!

ROSA. ¿Eh? Pero ¿también su padre...?

VIRGI. Sí, hija, sí. Porque yo no estaba segura de quién hubiera sido—aquellos años fueron muy turbulentos para mí—; pero después de esta trastada, no cabe duda de que ésta es hija de Caravallo, un sinvergüenza que creo que está en Guatemala, en Acatemango, y que antes de marcharse me suplicó con lágrimas en los ojos que me cortase el pelo y se lo regalara, para acariciarlo él durante su ausencia y no olvidarse de mí. ¡Maldito sea su corazón!

CONS. ¿Y se lo cortó usted?

VIRGI. Por la raíz, hija mía. Si yo he sido la primera garsona que ha habido en España. ¡Y la mata

que yo me corté! Una mata, rizada natural, que me pasaba de las corvas. Como que le dieron por ella en casa de Pagés diez y nueve duros y un cosmético. ¡Ladrón! ¡En Acatemango tenía que parar!

ROSA. Pero ¿la vendió?

VIRGI. La vendió, hija mía.

CONS. ¿Cómo lo supo usted?

VIRGI. Porque yo hice un viaje a Madrí para haserme una peluca. *(Regodeándose con el recuerdo y haciéndosele la boca agua.)* ¡Un mes estuve allí!... ¡Qué mes aquél tan rico!... Y eso que me cogió pelona, que entonses hasía rarísimo. *(Volviendo a su cómica tristeza.)* ¡Ay!... Pues como les decía, cuando entré en la tienda a encargarme la peluca, fué un dependiente y comenzó a trastear en una caja grande diciendo que había allí un pelo que me iba... ¡Ya lo creo que me iba!... Que me iba a dar un disgusto espantoso, porque cuando yo vi mi trenza pegué un grito, que a un busto de sera que había en el escaparate, se le puso de pie el bisoñé.

ROSA. ¿Era su pelo de usted?

VIRGI. Hasta con el lazo violeta en el que yo había escrito: "A Quino Caravalla, su Virginia". ¡Canalla! Al fin y al cabo, hombre; que decir hombre es como decir el compendio de la marranería y de la sinvergüencería. ¡Puercos!... ¡Puaf!... ¡Ajj! ¡Qué asco! *(Se limpia asqueada.)*

CONS. Oiga usted, Virginia, ¿y cómo fué lo de Gemelina?...

VIRGI. Nada, hija: un tío más cursi que el café migao, que me la embruió y se la llevó. Claro, le entró con el aquél del canto y de la música, y como la pobresita mía le tiraba el cupleterismo, porque desde que estuvo aquí la Argentinita, se volvió loca, pues nada, que se largó con él dejándome turulata, lo que se dice turulata.

ROSA. Y él era artista, ¿no?

VIRGI. ¡Qué artista ni qué rábano! El no era más que músico. Venía de maestro consertador con esos

que titulan el Trío Paco; esos que estuvieron trabajando en el salón "Te-alias", que yo los hospedé en mi casa y hasta les hice una rebaja considerable porque me los recomendó Marceniana, la Congolesa, esa bailarina chocolate que baila el Chacachaca...

ROSA. Sí; ya sé.

VIRGI. ¡Qué nombre más ridículo!... A mí me cargó desde el primer día que senó en casa, porque al salí yo con la fuente del potaje, va y me dice blanqueando los ojos: "Señora, a mí nada de potajerías; sepa usted que yo soy columbario: que sólo me alimento de palomas".

CONS. ¡Jesús!

ROSA. ¡Qué tipo!

VIRGI. ¿Les parese a ustedes? ¿Palomas pagando seis pesetas?... Porque yo llevo ocho, pero gracias a la Congolesa vinieron a mi casa el maestro y el Trío Paco con la rebaja de ocho reales cada uno. Pues nada, hija: se puso de una pesadez con que yo quiero palomas, yo quiero palomas, que desde el día siguiente tuve que servirle en la comida aves a granel. Claro que no le serví pichones porque estaban carísimos; pero se ha comido una de mirlos, que comprendo que haya salido pitando.

ISABEL. Qué gentes tan raras hay en este mundo.

VIRGI. Este era como para exhibirlo en una jaula. Cojitranco, carniseco, pelirrubio, parpadicaído y... ¡qué sé yo! Un poquito ópalo...

CONS. ¿Cómo?

VIRGI. Algo... quincalla. Vamos, un pello tarántula, ya ustedes me entienden.

ISABEL. Sí, sí; comprendido.

VIRGI. Hablando era de una cursilería que daban calambres. Al piano le llamaba pentacordio.

ROSA. ¡Jesús!...

VIRGI. Pero como mi Gemelina, en punto a romántica, parece hija de Doña Juana la Loca, le oía hablar, y en vez de acalambrarse, se quedaba como chiguata. En fin, que el muy sinvergüen-

za la cogió el flaco, le enseñó dos tangos llorosos, que maldita sean los tangos y Spaventa... ¡Qué letras, hija mía!... A fuerza de oírlos repetir, los aprendió en casa hasta el loro:

"En el monte de Hicachichiquila,
que está allí ribita en Hicachimango,
un muchacho de Hicajolotila,
tocando una esquila
cantaba este tango..."

¡Maldita sea su cara! Total: que la apandorgó, la enloqueció, y de la noche a la mañana, se la llevó.

ISABEL. ¿Y están en Madrid?

VIRGI. En Madrid. A los tres días de la fuga recibí un telegrama que decía: "Perdón, madre. Escribirme. Estoy en Barazal..." Barazal es un hotel que yo conozco... Claro que no la he escrito. Luego he sabido que ha debutado, que ha gustado y que hasta tiene la pretensión de que yo me traslade a Madrid y me dedique allí a cualquiera de mis profesiones: a la de manicura o a la de hospedera. ¡Sí, sí!

CONS. ¿Y en qué teatro ha debutado?

VIRGI. En ese que tiene un nombre que suena tan mal. En Romea, con perdón de ustedes.

ISABEL. ¿Y por quién ha sabido usted todos esos detalles?

VIRGI. Por Aurelio.

ROSA. ¿Le ha escrito a usted Aurelio?

VIRGI. No; lo vi anoche en la fiesta de la plaza.

ROSA. *(Asombrada.)* ¿Eh?... ¿A Aurelio? ¿Pero...?

CONS. ¿Ha vuelto de su viaje?

VIRGI. Claro que ha vuelto... ¿Aquí no lo sabían?

CONS. No...

ROSA. ¡Dios mío! Pero ¿cómo no ha venido a verme?... ¿Qué crees tú, Constancia?... ¡Abuela!

ISABEL. *(Preocupadísima.)* No sé, hija mía, no sé.

ROSA. Pero ¿es de veras que habló usted con él, Virginia?

VIRGI. Por Dios, Rosario; le repito que sí. Me dijeron que estaba en la fiesta de la plaza y que tenía noticias de Gemelina, porque al pasar por Madrid había hablado con ella, y fuí a buscarle. Claro que me extrañó que no estuviese usted allí, y que él bailara con unas y con otras; pero vamos, no supuse...

ROSA. ¿Qué es esto, Virgen Santa?... No; esto hay que aclararlo ahora mismo. *(Se sienta a la mesa.)*

CONS. ¿Qué vas a hacer?

ROSA. Escribirle; decirle que venga. *(Escribe nerviosamente.)*

VIRGI. A la puerta del Casino estaba hace un momento.

CONS. Es rarísimo.

VIRGI. De los hombres no hay que esperar más que partidas de esta clase. Toditos son iguales. Al que anda más derecho le crujen las botas. Mi madre me lo decía siempre: "Hija mía, al mejor, que es tu padre, una piedra al cogote y al río de cabeza. ¡Qué razón tenía la pobresita!

ROSA. *(Cerrando el sobre.)* A ver quién lleva esto.

ISABEL. Trae. Damiana se llegará en un salto...

VIRGI. Deme usted. Casualmente tengo que pasar por el Casino. Si no estuviera allí, la dejaré en su casa.

ROSA. Gracias, Virginia.

VIRGI. Mujer, y siento muchísimo haber sido yo la causante del disgusto. Claro que de todas maneras te hubieras enterao; pero, vamos, me duele haber sido yo la de la puñalada, porque he visto que esto ha sido para ti una puñalada. En fin, que todo se reduzca a una nube de verano, y hasta el jueves.

ROSA. Adiós, Virginia.

VIRGI. *(A doña Isabel, que la acompaña, bajando la voz.)* A lo mejor es que por ahí... Porque yo en París no he estado; pero a juzgar por lo que es Madrí... En el mes que estuve allí me hise cargo de lo que era aquel marimarnun del

visio. ¡Si yo hubiera ido con mi pelo!... ¡Casi nada! Fui pelona, que entonses era un defecto, y me solté el pelo... *(Mutis por la derecha con doña Isabel.)*

ROSA. *(Tras una nueva pausa.)* ¿Qué te parece esto, Constancia?

CONS. Mujer, pero ¿no te había escrito recientemente?

ROSA. Desde hace ocho días no sabía nada de él. Por eso estaba tan preocupada.

CONS. Desengáñate que esas son cosas de la familia. ¡Es mucho almidón el de la familia! Por ahí se corrió la voz de que habían mandado a Aurelio a París para averiguar la clase de vida que hacía allí tu madre...

ROSA *(Levantándose de un salto.)* ¿Eh?...

CONS. Que por eso te pregunté yo antes... Como esa gente es como Dios los ha hecho...

ROSA. Eso es una infamia de la gente, Constancia. Yo no creo a esa familia capaz de dudar de ese modo...

CONS. Entonces es que él... ha cambiado...

ROSA. Tampoco. Soy la primera en defenderle. Conozco muy bien a Aurelio, y sé que no es capaz de hacer esto conmigo sin una causa grave que lo justifique.

CONS. Pero ¿cómo no te ha dicho o te ha escrito?... Porque el estar anoche en la fiesta hace suponer que llegó en el tren de la tarde...

ROSA. ¡No sé!... ¡No sé!... Pienso y no encuentro el motivo... *(Pausa.)*

CONS. No sabía yo que le querías de ese modo.

ROSA. ¡Como no se quiere más que una vez en la vida!

ISABEL. *(Entrando nuevamente en escena.)* Constancia. Ahí están por ti.

CONS. *(Extrañada.)* ¿Por mí? ¿Quién?

ISABEL. Tu hermano Ramón.

CONS. *(Asustada.)* ¡Ay! ¿Sucederá algo en casa?

ISABEL. Dice que tienes que probarte un vestido.

CONS. ¿Yo? ¡Ojalá!

ISABEL. Le he dicho que si quiere pasar, y me ha con-

testado que no puede, que lo siente mucho, pero que tiene prisa.

CONS. ¿Prisa él? ¡Jesús!, qué cosas más raras suceden esta tarde, doña Isabel. ¿Qué día será hoy? En fin, hija mía...

ROSA. Siento que te vayas, mujer.

CONS. También yo siento dejarte en estas circunstancias. *(Besándola.)* Adiós.

ROSA. Adiós.

CONS. *(Un poco afectada.)* Y conste, que sea lo que sea y pase lo que pase, por encima de todo yo seré siempre la misma para ti. *(A doña Isabel que intenta acompañarla.)* ¡Por Dios, señora! ¿Va usted a molestarse?... No faltaría más... Hasta luego.

ISABEL. Adiós, Adiós...

CONS. *(Desde la puerta de la derecha.)* ¡Siempre la misma! ¿Eh? ¡Siempre la misma! *(Mutis.)*

ROSA. *(Tras una breve pausa; muy decidida.)* Constancia acaba de decirme eso porque sabe algo, abuela.

ISABEL. ¿Crees tú?

ROSA. Y tú también sabes algo y no quieres decírmelo.

ISABEL. *(Rehuyendo la mirada de Rosario.)* Te aseguro que...

ROSA. ¡No me lo ocultes!

ISABEL. Pero, criatura...

ROSA. Como algo muy doloroso vuelve a mí un pensamiento que siempre... ¡siempre! me ha hecho sufrir de un modo horrendo, abuela.

ISABEL. ¿Eh?

ROSA. Porque es que...

ISABEL. Habla. Dí...

ROSA. Que muchas veces me ha asaltado la sospecha de que a mi alrededor hay algo misterioso que tú y mi madre me ocultáis.

ISABEL. ¡Por Dios!

ROSA. Sí, abuela, sí. ¿Por qué, si no, este no parar en ninguna parte? Cuatro años aquí; tres allá; dos en el otro lado...

ISABEL. ¡Bah!
ROSA. ¿Por qué has sido tú la que constantemente, la que únicamente se ha ocupado de mí? ¿Por qué mi madre...?
ISABEL. ¡Calla!... Tu deber de hija...
ROSA. Mi deber de hija es ante todo velar por el buen nombre de mi madre, y aquí en este pueblo se duda de ella.
ISABEL. *(Como sobre ascuas.)* ¿Eh?... ¿Qué dices, Rosario?
ROSA. Que aquí aseguran que Aurelio ha ido a París a averiguar la clase de vida que hace mi madre.
ISABEL. ¿Y eso te extraña?... Qué tiene de particular tratándose de una familia tan meticulosa... Una mujer joven y guapa que vive sola en París hace siempre pensar... Ahora, que si eso es cierto, si Aurelio ha llevado ese propósito, ha debido decírtelo.
ROSA. ¿Pero cómo iba a decirme...?
ISABEL. ¡Novio que averigua!... Cuando se quiere de verdad no se mete una en averiguaciones. Se quiere y nada más. ¿Hubieras tú averiguado de él?
ROSA. ¡Ya lo creo!
ISABEL. ¿Eh?
ROSA. El saber que una persona proviene de gente honrada es importantísimo. Lo que se hereda, lo que se lleva en la sangre, el antecedente, es la mejor de las garantías.
ISABEL. *(Saltando de nerviosa.)* ¡Falso! ¡Falso!
ROSA. ¿Eh?
ISABEL. ¡No creas eso nunca, hijita! No se hereda la bondad como no se hereda tampoco el talento. De padres nobles y buenos nacen hijos canallas. Me madres que cumplieron siempre con su deber nacen hijas... ¡desgraciadas!... ¿Qué va a decir una de ellas?... ¡Desgraciadas! *(Con disimulo se limpia una lágrima.)*
ROSA. ¿Eh?... ¿Lloras?...

ISABEL. *(Rehaciéndose súbitamente.)* ¿Yo? ¿Por qué? Es rabia de verte sufrir.

ROSA. Tú no eres franca conmigo, abuela.

ISABEL. ¡Y dale!

ROSA. *(Persuasiva, acariciándola.)* Abuela... ¿Qué puede haber averiguado Aurelio en París?...

ISABEL. Mujer... ¡qué sé yo!... Nadie está libre de una calumnia. Hasta de quien mucho se guarda puede decirse algo injurioso y siempre encuentra la especie terreno abonado donde echar raíces. ¡La gente es muy mala, hijita! Figúrate todo lo que podrá decirse de una mujer que ha sido tan guapa como tu madre y que ha vivido sola en París tantos años.

ROSA. *(Imperiosa, nerviosamente.)* Con claridad, abuela. ¡La verdad! Piensa que Aurelio va a venir y ¡va a decírmelo!

ISABEL. *(Levantándose y hablando con voz que vela la emoción.)* Pues que sea él quien te la diga. Yo no puedo hablar de esto contigo. Es tu madre... pero es mi hija... y mis palabras serían puñales de dos hojas, que al mismo tiempo que te hirieran me partirían también a mí el corazón. ¡Que sea él quien te la diga!

ROSA. *(Comprendiendo.)* ¡¡Entonces!!... *(Se oye hablar a Pepe dentro.)*

ISABEL. ¡Cuidado!

ROSA. ¡Dios mío!... *(Queda abismada. Pausa).*

PEPE. *(Por la puerta de la derecha. Viene muy serio y muy preocupado.)* Aquí estoy yo de güerta. Don Juan Ramíre s'ha quedao con la sinta. En cuanti a lo demá... ¡Phs! ¡Pa qué va usté a di a esa mojiguanga que no vale na, ni na, ni na? ¡Anda ya y que los sursan a tos! M'alegro yo la ma de que usté no vaya.

ROSA. ¿Eh?...

PEPE. Na, que disen que er parco de presidí l'han hecho chico, y que como a usté no l'han visto por ahí, pos se pensaron ellos que estaba usté fuera y convidaron en su lugá a la d'Urquinaona; y claro, ahora, pues usté no cabe y

por eso no le mandan er coche. Mejón pa usté. Ahora, que con la sinta s'han quedao. ¡Anda si no se quedan con ella!... ¡De güen humó estaba yo! Lo que toca don Juan Ramíre verá las carreras del año que viene. Las de éste no las ve. Tiene cama pa quinse días.

ISABEL. ¿Qué?

PEPE. Es una gente mu tonta la gente de este pueblo. Por argo quiero yo dirme d'aquí. En fin, me voy. Conmigo no contá esta tarde ni esta noche, ni pué que mañana tampoco. Vi a dí a presentarme a los munisipales pa que me prendan. Ya me sortarán.

ISABEL. ¿Eh? ¿Pero qué ha hecho usted, Pepe? ¿Algunas de las suyas?

PEPE. Sí, señora. Mis cosas. ¡Una de guantaso! Uno de ellos lo di con un tintero en la mano y como cogí al tío muy de lleno... ¡Na! Cuatro días en chirona y para usté de contá.

ISABEL. No tiene usted arreglo, Pepe.

PEPE. No, señora; está visto.

ISABEL. Pues mire usted: a mí no me conviene en mi casa una persona que escandaliza con tanta frecuencia y que lo meten en la cárcel por causa de los escándalos. Lo siento mucho, pero puede usted buscar acomodo en otra parte.

PEPE. Sí, señora. Está usté en su firme y no hay más que agachá la cabeza. Usté me echa, y yo me voy.

ISABEL. Sí, señor.

PEPE. Como si yo hubiera querío dirme sin que usté m'echara, que usté no me iba a sujetá.

ISABEL. Eso es.

PEPE. Ca uno en su sitio y ca cuá con su derecho.

ISABEL. Ni más ni menos.

PEPE. *(Con pena.)* Ea, pos con Dió... No me verá usté má; estése usté tranquila. Ahora, que yo he comío er pan de esta casa y yo sé agradesé y adelante mía que no güerva naide a desí de ustede lo que han dicho esta tarde, porque esta tarde me he contentao con partirle a uno la

cara, pero otro día me coge de mala manera y le parto a uno el corasón. Buenas tardes. *(Se va por la puerta de la derecha.)*

ROSA. ¿Eh?... ¡Abuela!... *(Pequeña pausa.)*

ISABEL. He sido injusta con ese hombre.

ROSA. Aún estás a tiempo... ¿Lo llamo?

ISABEL. No. ¡Qué más da! Para el tiempo que vamos a estar en Torrenueva... *(Rumor de voces dentro.)*

ROSA. *(Prestando atención y demudándose.)* ¡Abuela!...

ISABEL. ¡Válgame Dios!

ROSA. ¡¡Es él!!

ISABEL. Ahora quisiera haberme muerto cien veces.

ROSA. ¡Calla!... Vete. Déjame a solas con él.

ISABEL. ¡No!...

ROSA. Es que...

ISABEL. ¡¡No!!

AURE. *(En la puerta de la derecha.)* Buenas tardes. *(Aurelio es un muchacho simpático, con cara de buena persona. Viste con elegancia. Viene como a remolque y bajo el peso de una honda preocupación.)*

ROSA. ¡Aurelio!... *(Pausa.)* ¿Puedo dar crédito a lo que dicen? ¿Es cierto que estás en Torrenueva desde ayer sin habérmelo dicho?

AURE. Sí.

ROSA. Pero... ¿no pensabas venir?

AURE. No. He venido porque me has mandado llamar. Y ahora lo celebro porque yo deseaba que antes de separarnos para siempre tuviéramos una explicación, *(Rosario le indica con el gesto que se siente y Aurelio, con el gesto también, rechaza el ofrecimiento. Pausa.)*

ROSA. Habla, puesto que eres tú quien debe hablar. *(Al ver que Aurelio titubea.)* ¿Qué ha sucedido, Aurelio? Te separaste de mí diciéndome que me llevarías siempre en tu pensamiento... Yo te supliqué, porque era natural, que vieras en París a mi madre... Me escribiste desde allí asegurándome que aquel mismo día ibas a bus-

carla... Luego, no volví a saber de ti. Cuando me dijeron que habías regresado, cuando supe que tu viaje a Francia no había tenido otro objeto que el saber de mi madre, supliqué a la abuela que me dijera lo que tú podías haber averiguado y que por lo visto nos separaba para siempre...

AURE. ¿Y ella te ha contado?

ROSA. No. Quiere que seas tú quien me lo diga. Dice que ella no debe decírmelo. Desgraciadamente esas palabras han sido para mí toda una revelación. Habla, Aurelio: por duro, por amargo que sea lo que vas a decirme, no lo será tanto como esta duda, como esta incertidumbre. *(Pausa.)* Mi madre... no es buena, ¿verdad?

AURE. *(Por doña Isabel.)* Ella... siendo su madre la repudia, Rosario. Ni siquiera consiente vivir con ella los meses que pasáis juntas en Asturias. *(Doña Isabel baja la cabeza avergonzada.)*

ROSA. ¿Pero?...

AURE. Tú me engañaste sin querer, Rosario; sin saber que me engañabas; sin poner malicia en el engaño... Ni tu madre es dibujante de la casa Grandán, ni vive donde tú me indicaste. Allí recibe las cartas que tú le escribes y nada más. Ella ahora que ya por su edad es una mujer más .. bueno, menos escandalosa, vive en un chalet de las afueras de París con su...

ROSA. ¡¡Jesús!!

AURE. En París es una mujer muy conocida, más que por su nombre verdadero, por su nombre de guerra. Dicen que tiene una gran fortuna... El amigo, al menos, es multimillonario. Durante los dos meses que él se reúne con su familia en Deauville, ella viene a España a estar contigo... Este año él no piensa ir a Deauville y... ella no vendrá a verte. *(Llora Rosario silenciosamente.)* Perdóname Rosario, pero yo tengo que decirte todo esto para justificarme ante tus ojos. Ante los míos no me justificaré nunca.

ROSA. *(Que no comprende.)* ¿Qué quieres decir, Aurelio?

AURE. Que si yo fuera un hombre como debía ser, te diría ahora mismo que no me importaba que tu madre fuera como fuera, que sólo me importaba el que tú seas como eres... porque yo te quiero, Rosario. *(Emocionado.)* ¡Tú sabes que yo te quiero! Pero yo no tengo independencia... He perdido mi juventud en tonto... ¡ni siquiera sé trabajar! Algún día seré rico, pero ahora dependo de los míos, y ya tú sabes cómo son ellos. Además, que en este caso, les sobra la razón... Lo nuestro no es posible, Rosario... Mis hijos, nuestros hijos, no pueden ser nietos de... Perdóname. Compréndeme y perdóname.

ROSA. Está bien, Aurelio. Muchas gracias por tu franqueza. Te comprendo y te perdono de todo corazón.

AURE. *(Conmovido.)* Créeme, Rosario, que he pasado el peor rato de mi vida, porque yo... a pesar de todo esto... yo te quiero.

ROSA. Adiós, Aurelio, adiós. *(Aurelio hace mutis por la derecha dando la sensación de que deja allí la mitad de su vida.)*

ISABEL. *(Llorando.)* ¡Rosario!... ¡Hija!...

ROSA. ¡Sin llorar, abuela! *(Acudiendo a ella.)* ¡Sin llorar! ¡Para llorar yo sola! ¡Tú, no! Ni Aurelio, ni yo, ni... mi madre, valen una lágrima tuya. *(La abraza y la besa.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Jardín de una villa en El Plantío. La fachada de la casa en el lateral izquierda. En el lateral derecha y en el foro, algún cenador, algún emparrado y muchos árboles frondosos por entre los que se inician calles que se pierden en el interior. Es de noche.

(La plazoleta del jardín que antecede a la casa se ha convertido en comedor. Unas bombillas eléctricas, con sus pantallas de tela que cuelgan entre los árboles, alumbran la escena espléndidamente. Está abierta la puerta de la casa y ante ella, a guisa de aparador y de trinchero, hay unas mesitas con todo lo necesario para el servicio. En el centro de la escena hay una mesa grande y ricamente amantelada y adornada, y sentados a ella, acabando de comer, los siguientes personajes: A la derecha don Nazario y don Modesto; frente al espectador, Virginia, Ramón y Florencia; a la izquierda, Aurelio y Mary, y de espaldas al público, Eladio y Gemelina. Dos camareros, de frac, Mauricio y Luis, sirven a los comensales. Las señoras, vestidísimas, dicho sea sin segunda, y muy provocativas, porque son señoras de muy pocos escrúpulos, como casi todas las señoras del día. Los caballeros, de frac o smoking. Don Narciso es un elegante y fachendoso sesentón; don Modesto ha cumplido ya los cuarenta y cinco años y no quiere que nadie se lo conozca. Ramón, también de cuarenta años, es un poco mal encarado y algo hueso. Eladio es un muchacho muy simpático, y Florencia, Mary y Gemelina (esta última hija de Virginia y andaluza, por lo tanto) son tres muchachas guapísimas y elegantísimas. Como todos han comido bien y han bebido mejor, están contentísimos. No olviden los actores esta advertencia, por Dios vivo. ¡Todos están contentos! Ale-

gría, movilidad, gestos, risas, salsa... Que no parezca la escena un banquete de intelectuales festejando a un crítico de arte.)

VIRGI. ¡Que hable don Nazario!

TODOS. ¡Que hable!... ¡Que hable!...

NAZA. *(Muy complacido.)* Pero, por Dios, señores...

VIRGI. Nada, figúrese usté que está en el Senado.

NAZA. *(Suspirando tristemente.)* ¡En el Senado! ¡Mi Senado de mi alma!... ¡No dormiré más en él!

VIRGI. ¿Eh?...

NAZA. ¿Quieren ustedes creer que desde que se cerró no he vuelto a dormir la siesta?

MODES. *(También tristemente.)* Ni yo. *(Risas.)*

NAZA. No encuentro en ninguna parte aquel ambiente tan tibio, tan acariciador... ¡Qué escaño aquél!... ¡Qué escaño!

VIRGI. ¿Qué es caño? ¡Ay, qué tío chusco!

GEME. *(Llamándola al orden.)* ¡Mamá!...

NAZA. Pero, en fin, sin figurarme que estoy en el Senado hablaré, puesto que me lo pedís. *(Se levanta y se pone en plan de discursear.)*

VIRGI. *(A Gemelina.)* ¿Estás viendo, niña? Pedís...

ELAD. Silencio.

VIRGI. No, si es que mi hija me decía ayer que no es pedís, sino pidéis, y a mí lo de pidéis me sonaba muy mal.

RAMON. ¡Qué borriquísima!

VIRGI. *(Quemada.)* Me estás llamando burra a todas horas.

RAMON. Consecuente que soy. *(Risas.)*

VIRGI. Ah, ¿sí?...

NAZA. Señores, reclamo un poco de silencio.

MODES. *(A Virginia.)* Por usted va eso, Virginia.

VIRGI. Soy una momia.

RAMON. Sí, señora. Es justicia.

VIRGI. *(Estallando.)* Mira, Ramón, a mí pullas egipcias, no, porque te arreo un botellazo en la ternilla de la nariz, que te desternillo. *(Revuelo en todos.)*

GEME. ¡Madre!

RAMON. ¡Criatura!

MODES. ¡Mujer, que no es para tanto!
NAZA. *(Muy cargado.)* Se callan ustedes o me siento.
FLORE. ¡Que se siente!
MARI. ¡Que hable!
AURE. Callar y que hable el pelmazo de una vez. *(Todos sisean y se hace por fin un gran silencio.)*
NAZA. Señoras y señores...
MODES. Un momento, Nazario... *(Todos sofocan la risa.)* Oiga usted, Mauricio.
MAURI. Señor...
MODES. ¿Se ocupa alguien de los mecánicos?
MAURI. Sí, señor. Pepe, el jardinero de ahí al lado, que nos está ayudando a servir, les ha llevado la comida.
MODES. Quedo tranquilo entonces. Ese andaluz es una alhaja.
AURE. Yo le traje a Madrid hace seis años. Como jardinero no es ninguna eminencia, pero como simpático es el Himalaya.
MODES. Dice que se aburre aquí, en El Plantío, y yo le he prometido colocarle en Madrid, en casa de mi futura suegra.
NAZA. *(De mal talante.)* Bueno, señores, ¿hablo o no hablo?
TODOS. ¡Sí... sí!... *(Vuelven a sisear y se hace el silencio nuevamente.)*
NAZA. *(Como antes.)* Señoras y señores...
MODES. *(Al ver a Pepe, que entra por la derecha con una bandeja vacía.)* Vuelve a perdonar, Nazario... *(Risas y alboroto.)*
NAZA. *(Quemadísimo.)* ¡Está bien, hombre!
MODES. En serio, caramba, que voy a preguntarle a Pepe... *(A Pepe.)* ¿Han comido bien los mecánicos?
PEPE. ¡Josú! Con un diente, que mejón no han carburao en su vida. ¡Vaya jartá que s'han pegao! Güeno, y es que la comidilla está podría. ¡Podría! ¡Na más que podría!
NAZA. *(En un grito.)* ¡¡Podrida!!
PEPE. ¿Eh?

NAZA. *(Echando fuego.)* ¡Qué diga usted podrida!... ¡Que hay que decir podrida, cernícalo!
PEPE. *(Amoscado.)* Güeno, hombre. También usted podrida decírmelo de mejón manera. *(Grandes risas.)*
FLORE. Hay qué tío. *(Le tira algo.)*
RAMON. *(Idem.)* ¡Gracioso!
NAZA. *(Deseando poner término al incidente.)* ¡Bien, bien!... ¡Basta!
PEPE. Sí, señó. Voy con el permiso de ustedes a llevá una mijita de champlán, porque hay uno que no l'ha probao nunca.
ELAD. No será mi chófer.
MODES. Ni el mío.
AURE. Ni el mío.
VIRGI. ¿Quién es, tú?
PEPE. ¿A que vi a tené que desí que soy yo? *(Risas.)* Ea, pos soy yo. *(Nuevas risas.)* Ya está dicho. Na, que quiero ve si es verdá que esto alegra sin ajumarlo a uno. Porque como esto alegre sin ajumá, con las ganas que yo tengo de quitarme de ensima la murria, me vi a llevá bebiendo champlán dos meses, enque tenga que gastarme parte de las ochenta y siete pesetas que tengo ahorrás. *(Coge dos botellas y hace mutis por la derecha, diciendo.)* Va por ustede. *(Vase.)*
MARI. Es muy simpático.
FLORE. Muy gracioso.
GEME. Paisano de una.
RAMON. *(Mayando.)* ¡Miau!...
GEME. ¡Ay, hijo!
RAMON. Lo que hace es cantar flamenco muy bien. *(A Gemelina.)* Mejor que tú. A mí me está enseñando dos o tres estilos nuevos preciosos. *(Cantando muy destempladamente y muy mal.)* ¡Aaaay!... Una soga en un caldero... *(Le abuchean todos.)*
ELAD. ¡Silencio!
GEME. ¡Guau! ¡Guau!...
AURE. ¡Que se calle!

VIRGI. ¡Los paraguas!... *(Todos sisean y vuelve a producirse el silencio.)*
NAZA. *(Que aguardaba la ocasión propicia, se levanta y dice solemnemente.)* Señoras y señores...
AURE. ¡Atiza!
ELAD. ¡Aprieta!
FLORE. El que la sigue la mata.
RAMON. Nos lo coloca.
VIRGI. ¡¡Silencio!! *(Callan todos.)*
NAZA. Seré breve.
TODOS. Vamos. Menos mal...
NAZA. Voy a dividir mi discurso en dos partes, encaminadas a demostrar dos grandes verdades; primera, que esta fiesta tiene un fondo conmovedor y sano para las almas sensibles, y segunda, que pueden evitarse gravísimos males celebrándola aquí, en esta villa de El Plantío, galantemente cedida por nuestro entrañable camarada Eladio Asín de Grande.
FLORE. *(A Mauricio.)* La tiene sorda.
AURE. Sorda, pero no muda.
VIRGI. ¡Callarse!
NAZA. ¿Qué es lo que celebramos en esta modestísima saturnal? La despedida de soltero de nuestro íntimo Modesto Barbosa, y como todas las despedidas son siempre tristes, queda demostrada mi tesis de que asistimos a un acto verdaderamente conmovedor.
TODOS. Bien, muy bien.
RAMON. Fin de la primera parte.
VIRGI. Es un pico de loro. *(Ríen.)*
MODES. *(A Nazario.)* Ha dicho de loro.
RAMON. Es un encomio en boca de una cotorra.
VIRGI. ¡Ay, qué tío este!... ¡Maldita sea su cara!
ELAD. ¡Silencio!
AURE. Sí, hombre; que acabe de una vez. *(Sisean.)*
NAZA. Pasemos al segundo punto, o sea a los males que ha evitado mi previsión haciendo que este acto se celebre en El Plantío, y no en Madrid. ¡Ah, señores!...
TODOS. *(Con pitorreo.)* ¡Ah!...

MODES. ¡Callar!
NAZA. En Madrid, nunca. Por haber celebrado yo en Madrid mi despedida de soltero... no me casé. *(Risas.)* Ustedes ríen y yo... *(Conmovido.)* lloro al recordarlo. *(Nuevas risas.)* ¡No me casé! Tuvieron la culpa el calor y una viuda, la viuda de Clicot. *(Nuevas risas.)*
FLORE. *(Tirándole la servilleta.)* ¡Que se calle!
AURE. *(A Florencia.)* ¡Déjalo!
NAZA. ¡Qué noche nos dió la viuda!... *(Risas.)* Era en verano y estábamos en "Los Burgaleses". El calor nos excitó los nervios, y para tener más aire empezamos por derribar un tabique del comedor... ¡Fué obra de cinco minutos! Luego se nos ocurrió dar una serenata a mi prometida y nos lanzamos a la calle en paños menores, con un instrumental de cacerolas, que tal vez fueron los orígenes del jazz-band. *(Risas.)* Luego... se deshizo la boda. *(Gran algazara.)* Aquella locura me trajo esta profunda enseñanza que he encerrado en estos cuatro versos, que puede que estén mal medidos, pero que son una verdad como una casa.

Para juergas, jaranas y desvaríos,
márchate a Guadarrama,
o por lo menos al Plantío.
Esto te lo dice
quien cree que está muy cerca
la "Cuesta de las Perdices"...

He dicho.
TODOS. ¡Bien!... ¡Bravo!...
RAMON. ¡Que lo maten!
FLORE. ¡La oreja!... *(Le aplauden y le tiran cosas. Modesto le abraza.)*
VIRGI. *(Con la boca llena.)* Bueno, habla usted que atonta, don Nasario.
CEME. ¡Por Dios, mamá! ¿Todavía estás picando?
VIRGI. Me dejan el plato en el tersio...
RAMON. ¡Qué burra!... Y son sardinas.

GEME. ¡Qué horror!... ¡Ensima del postre!... ¡Qué asco!

VIRGI. *(Remedándola.)* ¡Qué asco!... ¡Jesús!... ¡Ay, mi niña, que le dan asco las sardinas! ¡Que le den un dulce guindad-do y cocad-do!... ¡Maldita sea tu estampa, niña, que has comido tú más arenques que pelos tengo en la "garsonera"! *(Risas.)*

GEME. ¡Jesús, mamá!...

VIRGI. ¡Déjame ya, so cursi!... *(Bebe agua nerviosamente, se atora, tose y espurrea en distintas direcciones. Todos se levantan menos Ramón.)*

GEME. ¡Madre!

NAZA. ¡Atiza!

MODES. ¡San Blas!

FLORE. ¡Que se ahoga!

MARI. ¡Ya l'ha dao!

AURE. ¡Pero Virginia!...

RAMON. Dejarla, a ver si se muere de una vez...

VIRGI. *(Muy apurada aún.)* ¡Hija mía!... La piglote y la traquetea que las tengo yo malísima... *(Risas.)*

NAZA. ¡Que pligotis ni qué berenjena, señora!... Que le ha echado usted agua a las sardinas.

RAMON. Además, que no se dice traquétea, borrica. Se dice traca.

VIRGI. Eso será en Valencia, so lila. *(Risas.)* Nos ha fastidiado la sensura...

MARI. Bueno, ¿se canta, se baila u qué?

TODOS. ¡Eso sí!...

ELAD. Venga música.

AURE. ¡Duro!...

ELAD. *(A uno de los criados.)* ¿Saben ustedes por casualidad dónde está el gramófono?

MAURI. Sí, señor. *(A Luis.)* Ayúdame.

LUIS. Vamos. *(Entran los dos en la casa. Durante el diálogo que sigue sacan una mesita con un gramófono, le dan cuerda, le ponen un disco y lo preparan todo para hacer música cuando se indique.)*

ELAD. No creo que esto del gramófono moleste al enfermo.
FLORE. ¿Eh? ¿Pero hay un enfermo?
ELAD. Sí. Ahí en la casita del garaje.
MARI. ¿Quién es?
ELAD. Antonio, el guarda y jardinero de la finca.
GEME. ¿Es grave lo que tiene?
ELAD. Una pulmonía.
AURE. ¿Le asistes tú?
ELAD. No; el médico del pueblo. Yo he estado viéndole hace un rato, antes de que vinieran ustedes, y no le he encontrado mal. Una pulmonía franca, sin complicaciones hasta ahora...
NAZA. ¿Este Antonio es uno alto, rubio, que estuvo de portero en vuestra casa de Madrid?
ELAD. El mismo.
RAMON. ¿Aquel a quien yo le di la broma?
ELAD. Justamente.
RAMON. Lo que me pude reír aquella noche.. Se había clavado una espina en la garganta, que estaba el pobrecillo que se ahogaba, y en el momento en que iba éste a sacarle la espina, fuí yo y apagué la luz. *(Ríe. Quedan todos muy serios. Pausa.)* Hay que advertir que yo había tomado cuatro copas y en aquel entonces, cuando bebía, me ponía yo un poquito pesado. *(Se dispone a beber.)*
VIRGI. *(Sujetándole la mano y quitándole el vaso.)* Por si acaso, hijito.
RAMON. ¿Eh?
VIRGI. Que no bebas más, precioso. No hay que buscarle tres pies al gato.
RAMON. ¡Vamos, anda, so lila!... *(Le quita a su vez el vaso y lo apura de un trago.)*
VIRGI. *(Separándose de él y llevándose la mano a la garganta.)* Aquí lo tengo. Es más atravesao que un eje.
ELAD. *(A Pepe, que entra en escena, con las botellas vacías.)* Digo, Pepe, que no le molestará la música a Antonio, ¿verdad?
PEPE. Según lo que toquen, señorito. Como toquen la

"Marseilesa" se tira der catre. ¡Le tiene un odio! Lo he metío yo en el monarquismo y está de un monarquismo que ve un duro dudoso y no lo suena porque cree que es faltarle el respeto ar Soberano.

ELAD. Pregunto si le llegará el ruido.

PEPE. Enque le llegue: está bastante mejón. Pa él lo malo son las madrugadas, porque como él vive solo con su mujé, que la pobresilla está cuasi bardá, pos ella se duerme, cansá de to er día, y el infelí se queda muy desamparao. Esta tarde ha estao aquí la señora, su mamá d'usté, han habiao del particulá y dijo ella que iba a mandarle pa que lo cuidaran a una monja o a un fraile camelo.

ELAD. Camilo. Aquí el camelo es usted.

PEPE. ¡Y ole!

RAMON. *(Levantándose un poco borracho.)* Ea, pues venga música... *(Sujetándose para no caerse.)* ¡Caramba!... He bebido mucho champagne.

VIRGI. (¡Malo!)

PEPE. ¿Y el champlán l'ha emborrachao a usté? Vamos, hombre, a otro con ese chascarrillo. Si eso es gaseosa con zarzaparrilla. Una botella enterita me he zampao yo y ni sentirlo. Claro, uno acostumbrao ar casalla...

RAMON. A que no eres capaz de beberte otra botella.

PEPE. Si está fresca, venga. Hasta quinse gaseosa m'he bebío yo en Sevilla un día de feria.

RAMON. Pues vamos a ver. *(Le lleva a un extremo de la escena y allí, como dos camaradas, beben y canturrean flamenco mientras bailan los demás.)*

NAZA. Venga música, muchachos.

MAURI. Sí, señor. *(Hace sonar el gramófono.)*

FLORE. El primero, que es el de honor, cada oveja con su pareja. *(Baila con Aurelio.)*

MARI. Vamos. *(Baila con Eladio.)*

NAZA. *(A Gemelina.)* Niña, ya que tu inglés no ha podido venir... *(Bailan.)*

VIRGI. *(A Modesto.)* Va usted a tener que contentarse conmigo.
MODES. A falta de pan...
VIRGI. Me ha quitado usted el refrán de la boca. *(Bailan.)*
RAMON. *(Cantando destempladamente y a gritos.)* ¡Ay!... Una soga en un caldero...
FLORE. *(Sin dejar de bailar.)* ¡Fuera!
MARI. (Idem.) ¡Que se calle!
GEME. *(Idem)* ¡Chucho!...
VIRGI. *(Idem.)* ¡Que te calles, campanilla!...
RAMON. ¿Campanilla yo?... ¿Por qué me dices tú a mí campanilla?...
VIRGI. Hijo... *(Señalando la garganta.)* Porque te tengo aquí. *(Ríen todos. Cesa la música.)*
RAMON. A ti te voy a despeinar. Porque yo, cuando tomo una copa, cifro mi gusto en despeinar a las mujeres.
MODES. Tú te vas a tomar ahora mismo otra taza de café, a ver si se te despejas, porque tú, con vino, eres un pelmazo.
RAMON. Siguen las firmas.
MODES. Marcelino, un café muy cargado para don Ramón... Serrano.
RAMON. Creí que ibas a decir lo otro, y te iba a tirar una botella.
MODES. ¿Lo otro?
VIRGI. Sí, hombre. Es que a éste, desde que estuvo en los Estados Unidos, que volvió dándose pisto, nadie le llama Ramón Serrano, sino Ramón York. *(Risas.)*
RAMON. ¡Maldita sea!... *(Intenta sacar un arma del bolsillo.)*
PEPE. *(Sujetándole.)* ¡Señorito!
NAZA. ¿Qué vas a hacer, Ramón?
ELAD. ¡Pero hombre!...
VIRGI. *(Con pitorreo.)* ¡Ay, qué miedo!
GEME. *(Aparte a Virginia.)* Calla, mamá.
AURE. *(A Ramón.)* Te advierto que aquí no encajan esas marchoserías ni esos desplantes.
RAMON. ¿Pero es que lo habían tomado en serio? No,

hombre... Llevo esta navaja porque me sirve para abrir la portezuela del coche. Martingalas. He perdido la llavecilla del pestillo, y como lo dejo cerrado, meto la hoja por la juntura de la puerta y abro. ¿Creían ustedes que iba yo...? *(Ríe.)* Vamos, hombre; hubiera estado bueno. De smoking y cazando urracas en El Plantío.

VIRGI. ¡Ay, su madre!...

GEME. *(A Virginia.)* ¡Calla!

RAMON. Bueno, voy a lo del café. Me lo voy a preparar yo mismo. Es mi especialidad. *(A Gemelina.)* Acompáñame, preciosa. *(A don Nazario.)* Con vuestro permiso. No creais que os la voy a quitar mucho tiempo. Es para que me muela café, que ésta sabrá mucho de cosas de cocina...

NAZA. *(A Gemelina.)* Vé, vé con él. ¿Por qué no? *(A Luis.)* Indíqueles el camino...

RAMON. Verás qué café me preparo. ¡Como yo he estado en Moka!... *(Haciendo mutis con Gemelina, precedidos de Luis.)* ¡En Moka! Por cierto que hice allí una conquista... *(Entran en la casa.)*

VIRGI. Alguna "mokosa". *(Al hacer mutis Ramón, respiran todos satisfechos.)*

ELAD. ¡Jesús!...

FLORE. ¡Qué tío!

MARI. ¡Qué antipático!

AURE. ¿Se puede saber quién ha traído aquí a este aguafiestas?

NAZA. Eso digo yo.

MODES. Se ha convidado él solo. Estaba con nosotros en la Peña, le dijimos por pura fórmula si quería acompañarnos, y se ahogó en la bulla, como la gitana del cuento.

VIRGI. Pues nos va a dar la noche el ángel mío.

AURE. ¡Quiá! Ese, en cuanto se ponga tonto...

MODES. No, por Dios, amigo Aurelio. Nada de escándalos ni de bromas, por lo que usted quiera más en el mundo. Un escándalo sería fatal para mí.

ELAD. ¿Y eso?...

MODES. Mi novia no sabe que yo ando esta noche de

despedidas. Cree que yo me he despedido de todo hace tiempo. Supone que estoy en El Escorial, en una fiesta de adoración nocturna que celebran los antiguos alumnos. *(Risas.)*

AURE. ¡Hola, hola!...

VIRGI. ¡Jajay, qué tío!

MODES. Por primera vez le he dicho una mentira de este calibre, y si me coge en un renuncio, con lo escamadísima que está...

NAZA. ¿Pero, así andamos?...

MODES. Claro, hombre; ¿no ves que ella no quiere casarse conmigo? *(Todos se miran extrañados.)*

MARI. ¿Eh? ¿Pero...?

MODES. Es la familia la que la obliga.

VIRGI. ¡Mi madre! ¿Y usted lo consiente?...

MODES. Yo estoy tan enamorado de ella, amiga Virginia, que paso por todo con tal de casarme. Estoy loco por esa mujer. Si no me casara con ella... ¡qué sé yo!... ¡Me moriría!...

FLORE. ¿Y es joven la interfecta?

MODES. Diez y nueve años. *(Todos se vuelven a mirar.)*

FLORE. Es joven, sí. *(Pausa.)*

PEPE. *(Aparte a Virginia.)* ¡Los hay que tienen un sino!...

NAZA. Te coge un poco maduro, Modesto.

MODES. ¿Tú crees?

PEPE. No haga usted caso, don Modesto: maduro es cómo se debe caé. ¡Y ole!... La copla lo dise.

"Qué suerte la de la breva
que está madura en la rama,
y qué suerte la der tío
que la coge y se la jama..." *(Risas.)*

Bueno, que aquí no es tío, sino tía, dicho sea con respeto. Además, que el hombre y el oso cuanto más maduro más sabroso. *(Risas.)*

MODES. Y, sobre todo, que el estado de casado es el estado perfecto del hombre.

NAZA. *(Tristemente.)* Es verdad. *(Aurelio imita el canto de la codorniz.)* No hagas la codorniz,

Aurelio, porque tú estuviste a punto de casarte.

AURE. ¿Yo?...

MARI. ¿Este? ¡Ay, qué gracioso!

ELAD. Escucha tú. ¿Es verdad?

AURE. No le hagais caso.

NAZA. Hombre, por lo menos tuviste una novia, a la que querías de verdad y con la que te hubieras casado de no haber resultado lo que resultó.

MODES. ¿Eh? ¿Pero hubo lío?...

AURE. ¡Bien colao que estaba con ella!

PEPE. Y lo valía la gachí! ¡Qué mujer más completa! ¡Y de buena!... Güeno, de buena vamos a "santiguarno", y ya está dicho to. ¡Pa un artá!

AURE. *(Serio y nervioso.)* ¿Vamos a dejar eso, señores? *(Bebe una copa.)*

FLORE. *(Muy irónica.)* ¿Por qué dejarlo, hombre, si a ti te gusta que te lo recuerden?

AURE. ¿Ya vas a empezar?

FLORE. ¿Yo? ¿Es que alguna vez te he dicho...? ¡No, hijo; tengo yo mucho orgullo pa eso, y soy yo mucha mujer!...

PEPE. ¡Y ole!...

VIRGI. Una miiita de curpa tuve yo en aquella "rurtura". ¡Pobre Rosario!... Parese que la estoy viendo. Y miren ustede lo que son las cosas de la vida. Hace seis o siete años, cuando ocurrieron los sucesos que ocurrieron, era yo amiguíma de la joven en cuestión y de su abuelita, que es con quien ella vivía.

PEPE. ¡Josú, qué vieja! No me quiero acordar.

VIRGI. Y ahora, en cambio, soy amiguísima, amiguísima de la madre. Como que vivo en su misma casa. Claro que en pisos distintos: yo en la guardilla y ella en el principal. Yo no tengo los dinero que Teresa.

MARI. ¿Eh?... ¿Pero era hija de Teresa?...

ELAD. ¿De Teresa la que fué de...?

VIRGI. Sí.

MARI. ¿Entonces se trata de esa hija que se le fué y que no parece ni viva ni muerta?

VIRGI. La misma. A raíz del rompimiento, que Aurelio se fué de viaje por ahí, levantó ella el vuelo y ni su misma abuela sabe dónde está, porque con lágrimas en los ojos me lo ha jurado a mí ella; le ayudó a escaparse, pero por ahora no se sabe ande está. ¡Lo que he buscado yo a Rosario de algún tiempo a esta parte!

AURE. ¿Tú?

VIRGI. Claro, hombre; ¿no ves que Teresa le da cinco mil duros a quien le diga dónde está su hija? Está la infeliz que un pelo la ahoga. Ahora que yo doy con Rosario o pierdo el nombre que tengo; y con esos cinco mil duros tomo en traspaso un estanco o una lotería y me establezco, porque estoy viendo que mi niña, con sus cuplés y sus relaciones, no va a sacarme nunca de pobre.

FLORE. No te canses, porque no la encontrarás, Virginia. *(Por Aurelio.)* ¡Cuando éste no la ha encontrado!...

AURE. ¿Sabes tú, acaso, si la he buscado o no?

FLORE. Porque lo sé lo digo. ¡La has buscado! ¡La has buscado!

AURE. *(De mal talante.)* Bueno, ¿y qué?

FLORE. Nada, hijo.

AURE. Después de todo, si la hubiera buscado, no hubiera hecho nada de más. Me porté muy mal con ella. Fuí un cobarde y un malvado. ¿Qué culpa tenía ella de nada? Ella no sabía qué clase de mujer era su madre. Al arrancarle yo la venda de los ojos y al huír de su lado, la condené a la infelicidad. ¡Porque ella me quería!

VIRGI. ¡Ya lo creo!

AURE. *(Tristemente.)* Me quería y era la bondad misma, y la inocencia misma.

FLORE. *(Riendo nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué vanidosos y qué estúpidos sois los hombres! Os figuráis que la mujer que os gusta y que no ha sido vuestra, es un ángel, mientras que las demás somos unos guiñapos. ¡La inocencia

misma! ¿Por qué ha de ser ésa distinta de todas?

AURE. *(Con aspereza.)* Bueno, basta ya. Te prohibo que hables de ella.

FLORE. ¿Te prohibo? ¡Ay, qué gracioso! Diré cuanto me dé la gana.

AURE. (Amenazador.) ¡O no!

FLORE. *(Desafiándole.)* ¡O sí!

MODES. *(Mediando.)* Vamos, vamos, nada de disgustos ni de escándalos, por Dios.

FLORE. Pero si es que se oyen unas cosas... ¡La inocencia misma una hija de Teresa!...

MARI. Bueno, mujer; cállate ya.

FLORE. ¡No quiero! Puede que esa santa esté ahora como nosotras, con una copa de más y rodeada de pelmazos.

AURE. *(Cogiendo una botella para tirársela.)* ¡Cállate, malhaya sea, o te...!

NAZA. *(Sujetándole.)* ¡Aurelio!

PEPE. *(Idem.)* ¡Señorito!...

MODES. *(Aterrado.)* ¡Por Dios santo!

ELAD. *(Llevándole aparte.)* Pero, hombre, ¿te has vuelto loco? ¿Qué ibas a hacer?

AURE. Tienes razón: me desespera esa criatura. ¡Qué espanto!... Huyendo de aquélla... Adónde he venido a caer.

NAZA. Vaya, aquí no ha pasado nada.

MODES. Eso... ¡Alegría, señores!...

FLORE. *(Zafándose de Virginia y de Mary, que procuran convencerla, y dando unos pasos hacia a Aurelio.)* ¿Pero es que ibas a pegarme?

VIRGI. ¡Y dale!

MARI. ¡Vamos, mujer!...

FLORE. ¡Dejadle que me pegue!... *(Llorando.)*

PEPE. (¡Pocas t'iba yo a da!)

FLORE. *(Llorando.)* ¡Yo quiero que me quiera!... ¡Yo quiero que me pegue!

PEPE. Na, que le gusta la marcha.

NAZA. Estás borracha, Florencia.

FLORE. No; no estoy borracha. Sé lo que digo y lo que siento y lo que quiero.

VIRGI. *Mujer, ¿y quieres que te atice?*
FLORE. Sí. Y si él me quisiera me pegaría. Pero no me quiere. Me tiene desprecio, cuando no lástima. No soy para él lo que él es para mí, que lo es todo en el mundo... A quien él quiere es a la otra. *(Llorando.)* Cuando me besa a mí... ¡besa a la otra!... Y cuando besa a mi hija... ¡A su hija!..., me mira a mí con odio porque siente que su hija sea también hija mía, de una mujer que es como soy yo, que no es como es la otra... *(Con rabia y desesperación.)* ¡¡Como es la otra!!...
AURE. *(Blandamente.)* Calla, Florencia, tranquilízate...
FLORE. ¡No me compadezcas!... Prefiero que me pegues. *(Llora.)*
PEPE. Hombre, don Aurelio, déle usté media gofetaita siquiera.
PEPE. *(Gritando dentro.)* ¡Ah!
TODOS. ¿Eh?... *(Suena dentro el ruido de un gran cristal que se rompe.)*
MODES. *(Aterrado.)* ¡Ay!
ELAD. *(Acercándose a la puerta de la casa con don Nazario.)* ¿Qué?
GEME. *(Entrando en escena, muy nerviosa.)* ¿Qué se habrá creído el tío ése?...
NAZA. ¿Qué ha sido?
GEME. Nada.
ELAD. ¿Pero qué se ha roto?
GEME. *(Miedosa.)* El espejo grande del recibimiento.
PEPE. *(Aterrado.)* ¡Josú!
VIRGI. *(Idem.)* ¡Dios mío!
GEME. ¡Qué esaborisión!
NAZA. Vamos a tener desgracia.
MODES. *(Apurado.)* ¿Tú crees?
RAMON. *(Entrando en escena con una taza de café en la mano, y tambaleándose un poco.)* ¡Esa tonta!... Me dió un empujón, y por no tirar el café he hecho cisco el espejo del hall. ¡Mala pata!
VIRGI. *(Con un salero de esos de agujeritos en la mano.)* Sal al pozo... ¿Dónde está el pozo?

PEPE. Si no hay pozo, señora. ¡Maldita sea!...

VIRGI. Entonse, ¿dónde echo la sal, Pepe?

PEPE. Disen los cánone que, a farta de pozo, basta con mojá la lengua en er salero.

VIRGI. ¡Ay, que en éste no pué sé, Pepe!

PEPE. Traiga usté, señora, y yo se la echaré, que es lo mismo.

VIRGI. Sí. *(Le da el salero y saca la lengua.)*

PEPE. *(Echándola sal en la lengua.)* Santo, Santo, Santo... que aunque un espejo se rompa no haiga para mí quebranto. *(Dándole el salero.)* Usté a mí ahora. *(Saca la lengua.)*

VIRGI. *(Echándole sal.)* Santo, Santo, Santo... que aunque un espejo se rompa no haiga para mí quebranto. *(Deja el salero.)*

PEPE. Venga la orasión.

VIRGI. Espere usté. *(Accionando nerviosamente y en tono de rezo.)*

Cruz y raya
para que se vaya.
Vete, Satanás,
con Herodes y con Caifás.
Por el agua de Pilatos,
que no ha sido un espejo, sino un plato.
Por las estrellas y las amapolas,
en el río la piedra y en el mar las olas.
Por San Antonio,
que lo tentó el demonio.
Por San Miguel,
que venció a Luzbel.
Por San Bardomero,
que la buena suerte quiero.
Santo, Santo, Santo,
que aunque un espejo se rompa
no haiga para mí quebranto.

PEPE. *(Santiguándose.)* Amén.

VIRGI. A ver si esto nos libra del maleficio.

NAZA. *(Palmoteando.)* ¡Ea! Fuera prejuicios y tonterías. ¡Alegría! Que esto parece un duelo, caramba. ¡Venga música y venga baile!

MODES. ¡Eso! ¡Sí!... A ver... *(Llamando.)* ¡Mauricio... Luis!...
MAURI. *(Seguido de Luis, entrando en escena.)* Señor...
MODES. Ese gramófono. Música.
MAURI. Sí, señor. *(Hace sonar el gramófono.)*
NAZA. A bailar. *(A Virginia.)* Venga.
ELAD. *(A Gemelina.)* Vamos.
MODES. *(A Mary.)* Anda. *(Bailan.)*
AURE. *(Acercándose a Florencia.)* Tú...
FLORE. *(Sin mirarle.)* ¡No quiero!
RAMON. ¿Y conmigo?
FLORE. Tampoco. Dejadme. *(Les vuelve la espalda.)*
RAMON. ¡Pero chica!...
AURE. Déjala, está loca. *(Se separa de ella.)*
RAMON. ¿Y yo no voy a bailar nunca? ¡Pues hombre!
PEPE. Más vale que no dé usté más güertas, señorito. A lo mejón se marea usté...
RAMON. *(Apoyándose en Pepe para no caerse.)* ¡Una pareja!... ¡Yo necesito una pareja!
PEPE. (La de la Guardia siví te avisaba yo, ladrón.)
RAMON. *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Mi madre! ¿Es que estoy borrachito o es que veo lo que veo, Pepe?
PEPE. ¿Eh?
RAMON. Valiente pareja voy a tener, Pepillo. ¡Ole!
PEPE. ¿Qué va usté hasé, señorito?
RAMON. Que ya tengo yo con quién bailar.
PEPE. *(Sujetándole.)* Vamos, señorito, que ésas deben sé la gente que vienen a velá al enfermo.
RAMON. Esas bailan conmigo porque a mí me da la gana. *(Zafándose de Pepe, que intenta retenerle.)* ¡Déjame!
SOR IG. *(Entrando en escena, con Rosario, por la derecha último término.)* Alabado sea Dios. *(Visten hábitos azules y tocas blancas, muy recogidas.)*
RAMON. ¡Y qué bonita es!
AURE. *(Ahogando un grito.)* ¡¡Rosario!! *(Dejan de bailar.)*
FLORE. *(Levantándose de un salto.)* ¿Eh? *(Mauricio hace que cese de tocar el gramófono.)*

RAMON. *(Abalanzándose a Rosario y cogiéndola como para bailar.)* ¡Ea! ¡Venga música!
ROSA. *(Asustada.)* ¡¡Madre!!
SOR IG. *(Acudiendo a ella.)* ¡Jesús!
AURE. *(Cogiendo a Ramón y arrojándole al suelo.)* ¡¡Canalla!!
ROSA. ¡¡Aurelio!! ¡¡Tú!!...
VIRGI. *(A los demás.)* ¡Es ella!... ¡Es ella!...
RAMON. *(Dándole a Aurelio una puñalada a traición.)* ¡Toma!
TODOS. *(Horrorizados.)* ¡¡Ah!!...
AURE. *(Cayendo en brazos de Eladio y de Mary.)* ¡Cobarde!...
ROSA. ¡Dios mío!...
FLORE. *(Como loca.)* ¡Aurelio!... ¡Aurelio!... *(Se abraza a él desesperadamente.)*
PEPE. *(Que ayudado por Mauricio ha sujetado a Ramón y le ha quitado la navaja.)* Es usté un malage, señorito. *(Dándole un metido.)* ¡Mardita sea!
MODES. *(Aterrado.)* ¿Está herido?
ELAD. Sí. Pronto. Adentro con él. *(A Nazario.)*
NAZA. Sí. *(Entra rápidamente en la casa diciendo.)* Mi sombrero...
ELAD. *(A Luis.)* Avise al médico de El Plantío.
LUIS. Sí, señor. *(Se va a la carrera por la derecha.*
FLORE. *(Llorando desconsoladamente.)* ¡Aurelio!
MODES. ¡El escándalo!... ¡Mi ruina!...
VIRGI. *(A Nazario, que sale de la casa con el abrigo al brazo y el sombrero puesto.)* Me voy con usté. Estos cinco mil duros no hay quien me los quite. *(Se van los dos por la derecha.)*
FLORE. *(Como antes.)* ¡¡Aurelio!!...
PEPE. ¡Y habrá quien no crea en los espejitos!

TELÓN

ACTO TERCERO

El hall de la villa de El Plantío en cuyo jardín se desarrolló el acto anterior. La puerta de entrada estará a la derecha, y cerca de ella habrá un perchero con un gran espejo hecho pedazos. En el foro, un poco en chaflán, galería que se pierde en el interior. A la izquierda, una puerta. Lujo y buen gusto en el mobiliario. Es de noche. Luz discreta en la escena. Como la puerta de la derecha está de par en par, se advierte el vivo resplandor de las luces del jardín.

(Al levantarse el telón están en escena Modesto, Pepe y Mauricio. Modesto, de pie, junto a la puerta de la izquierda, aplica el oído y escucha. Está nerviosísimo, excitadísimo.)

PEPE. *(Por el espejo hecho pedazos.)* Ese es er que tiene la curpa de to. Lo veo y me dan calambres. ¡Mardita sean los espejos y quien los inventó, que fué un inglé! Cuidao que yo no soy supertisioso; porque a mí er trese y los tuerto y hasta la bicha me tienen sin cuidao; pero veo un espejito y me se abren las carne. En mi casa no consiento yo que haiga un espejo por na der mundo.

MAURI. ¿Y dónde se mira usted para afeitarse, Pepe?

PEPE. Tengo yo una lata de galletas, vasía, que me veo en ella hasta er cogote. Y ésa no se rompe. Cuando "s'aboya" se ve uno una mijita alargao y na más.

MODES. *(A Gemelina, que entra en escena por la puerta de la izquierda.)* ¿Qué, Gemelina? ¡Malhaya sea un tiro!

GEME. Ahí están curándolo. La herida no es na. Tropezó la navaja con la pitillera, y eso lo ha salvao. Lo malo es el... eso nervioso que l'ha dao que está como muerto. ¿Cómo le dicen? El "sho" nervioso.

PEPE. De eso murió el pobre Joselito.

GEME. ¿Y éso qué es?

PEPE. Susto que le da a uno de verse herío. Los ner-

vios hasen asín. *(Pega unos estirones.)* Se ponen tirantes y se quea uno estartao.

GEME. ¡Qué tío asesino, maldita sea su corasón! ¡Con el gusto que voy a declara en contra suya!

MARY. *(Entrando en escena por la izquierda, con una bandejilla con varios instrumentos de cirugía.)* Hay que poner a hervir estos instrumentos, para que queden bien limpios.

MAURI. Sí, señora. Ahora mismo. *(Toma la bandeja y se va por la galería.)*

MARY. ¿No ha vuelto Nazario?

MODES. No. ¡Malhaya sea!... *(Se tira en un diván o en un butacón.)*

MARY. Eso es que no ha encontrado al doctor Mendívil. Menos mal que no hace falta. Entre Eladio y el médico de El Plantío, que es un muchacho muy simpático, le han hecho la cura, y salvo lo del síncope, por lo demás está muy bien.

PEPE. ¿Por qué no le dan a olé amoníaco? Porque a lo mejón no es "sho", sino tajá.

MARY. ¿Quiere usted callar, hombre?

GEME. *(A Mary.)* Escucha, ¿no haremos falta ahí dentro?

MARY. No: ya está curado; y además que están allí Florencia y la monja.

GEME. Lo que toca a Florencia, de bien poco le sirve; porque hay que ve cómo está la infelí. Ahora se ha visto lo colaísima que estaba con Aurelio. Claro que Aurelio es el padre de su niña, pero a pesar de eso no debe una de colarse tanto. Cuando una de nosotras se cuela asín, es mejón que se muera, porque, pa pená y pa sufrí... Lo que toca yo, ¡al instante! Y ya ves que a mí m'ha salío un inglé que es un hombre como pa colarse de verdá.

MARY. ¿Dónde está ahora, tú?

GEME. En Gresia, visitando las tumbas de Periclés y de Sofoclés, que no sé lo que es. Por eso estoy yo aquí, que si no... ¡Con los celos que se gasta!...

MARY. Se llama Claris, ¿no?

GEME. Claris Clare; natural de Poole.

MARY. ¿Y es rico?

GEME. Riquísimo. Tiene una mina en una isla que le dicen Madera y otra en Africa, en Molepolole. Yo, al prinsipio, me escamé, porque me dijo mi madre: "Ten cuidao, niña; Madera y una mina, a ve si lo que tiene ese tío es un lápiz." Pero, quiá, son minas chipén, de hierro la de Madera y de plata la de Molepolole. Ademá tiene dos casas en Poole.

PEPE. ¡Chavó! Poo, Molepolole... Parese una juerga. *(Suena el timbre del teléfono.)*

MODES. ¿Eh? *(Se levanta de un salto.)* ¿Quién será?...

PEPE. *(Al aparato.)* ¿Quién?... *(A Modesto.)* Del Casino de Madrí: que se ponga usté al aparato.

MODES. *(Aterrado.)* Pero ¿quién sabe en el Casino que estoy yo aquí? *(Muy nervioso, al aparato.)* ¿Quién?... ¿Eh?... ¡Ah!... Sí... Nada... Es decir, nada grave... Sí... Pero ¿quién le ha dicho?... ¡Ah!... Claro. Sí. Gracias... Adiós. *(Colgando el aparato.)* ¡¡Imbécil!!... ¡¡Imbécil!!... ¡¡Maldita sea!!...

MARY. ¿Qué pasa?

MODES. Nazario..., ¡ese estúpido de Nazario!..., que buscando a Mendívil ha ido al Casino y ha contado el suceso con pelos y señales. ¡Mi ruina! Dice Paco Larrubia que se ha armado allí el primer revuelo. *(Desesperado.)* ¡Ese idiota!... Nada: esto llega a oídos de Purita, y figúrate. ¡¡Malhaya!!...

PEPE. También ha sido mala pata que una de las monjas fuera la señorita Rosario.

MODES. Si cuando a uno se le tuerse el eje...

MARY. ¿Es verdad que ha estado aquí la policía?

MODES. Sí, mujer, un agente que estaba de comilona con su familia, ahí, en el Descanso de El Plantío. Ese... majadero de Luis, el criado, llegó allí tan descompuesto y tan alterado buscando al médico... Y nada, que no he podido sobornarle. Le indiqué veladamente mi idea... y me dió un empujón que yo no he dado más vueltas en mi vida.

MARY. ¿Y ha dado parte?...

MODES. Ha telefoneado a la Dirección de Seguridad y al Juzgado y... ¡a la Nunciatura! ¡Maldita sea!... Lo único que yo temía: el escándalo. Ahora intervendrá el Juzgado, los periódicos se ocuparán de lo sucedido, hincharán el suceso y mañana, como si lo leyera: "El crimen de El Plantío." "Los aristócratas borrachos y la monja." "Dicen que son muy tristes las despedidas." ¡Qué horror, señores!

MARY. No te apures, hombre. Todo se arreglará.

GEME. Claro, no hay que ponerse en lo peor.

MODES. ¡Me quedo sin Purita!

GEME. ¡Bah!

MODES. ¡Me quedo sin Purita, como me quedé sin abuela!

PEPE. Que de eso hará ya mucho tiempo, ¿no?

MODES. *(Dispuesto a tirarle una silla.)* ¿Eh?... ¿Pero es que va usted a tomarlo a chirigota?

PEPE. ¿Yo?... ¿Y estoy con el agua ar bigote, como aquer que dise? Pa chirigotas está er tiempo. ¿No ve usté que si usté se queda sin Purita me quedo yo sin destino en Madrid? ¡Y a ve quién pierde má!

GEME. Si que has tenido mala uva con tu cenita de despedida, hijo mío.

MODES. La culpa ha sido de ese imbécil de Nazario... Yo no quería despedirme... ¡Qué despedida ni qué zanahoria viuda!... ¡Ni que fuera yo el Gallo! Pero él se empeñó... Por supuesto, que como yo me quede sin Purita, que se prepare, porque yo a Nazario me lo cargo.

MARY. ¡Pero hombre!

MODES. ¿Qué es eso de ir con el cuento al Casino? *(Suena el teléfono nuevamente.)* ¿Otra vez?

GEME. Será él preguntando...

MODES. Pues me va a oír. *(Al aparato.)* ¿Quién? Sí... ¡Sí!... Yo... Modesto... ¿Quién? ¡Ah!... Sí... La herida no tiene importancia. Lo malo es el síncope: un gran shock nervioso... Sí. ¿Por quién lo ha sabido?... ¿También ahí? No, nada.

quién lo ha sabido... ¿También ahí? No, nada. Bien. Gracias, Adiós... *(Cuelga el aparato y se muerde una mano desesperadamente.)* ¡Canalla! ¡¡Canalla!!... ¡¡Aaaah! *(Todos acuden a el.)*

MARY. ¿Eh?...

GEME. ¿Qué?...

MODES. Que lo ha contado también en la Peña y a estas horas se sabe en todo Madrid. Dice Romeruelo que se sabe ya hasta en Palacio.

MARY. ¡Jesús!

MODES. ¡Me ha perdido!... ¡Me quedo sin Purita!

PEPE. Y yo sin destino que es lo peó. Bueno, es desí; si usté quiere, no; porque si usté quiere, esto puede arreglarse muy bien.

MODES. ¿Eh?

PEPE. Con un poquito de maginasión puede usté quedá libre de cacho y como las propias rosas.

MODES. *(Esperanzado.)* ¿Usted cree, Pepe?

PEPE. Porque, vamos a ve: ¿usté no le dijo a su novia que iba al Escoriá a la "dorasión noturna"?

MODES. Sí.

PEPE. ¿Y no está Er Plantío camino del Escoriá?

MODES. Claro.

PEPE. Pues maginasión, señó. Usté pasaba en su artomóvi por Er Plantío camino del Escoriá, resando una sarve, cuando de pronto oye un grito... ¡¡Ah!!...

MODES. ¡Sí!

PEPE. Frena, para, baja, sube y entra y se trompiesa con la juerga y con el herío, ersétera, ersétera.

MODES. *(Como iluminado.)* ¡Sí!

PEPE. Y como ellos eran amigos y estaban apuraos, y aquí hasía farta gente de refresco, pos usté se quedó aquí un ratito hasta ve en qué quedaba esto, considerando que el acudí aonde s'ha menesté, cuando s'ha menesté, es hasé una güena obra de caridá.

MODES. *(Temblando de alegría.)* ¡¡Pepe!!

MARY. Tiene razón.

GEME. Es verdad. De esa manera...

MODES. *(Abrazándole.)* ¡Pepe... El destino y cien duros para un capricho! *(Tirando de cartera.)* Porque usted tendrá algún capricho.

PEPE. El de tené los cien duros, por lo pronto.

MODES. Aquí están. *(Le da unos billetes.)* Me ha salvado usted.

PEPE. ¡Ole!... Si maginando, maginando, tomó a Sevilla San Fernando. No ve usté que uno...

MODES. *(Al ver a sor Ignacia en la puerta de la derecha.)* Cuidado.

SOR IG. ¿Cómo sigue el herido?...

MARY. Lo mismo. Aún no se le ha pasado el desmayo.

SOR IG. ¿Serían tan amables que llamaran a sor Rosario?... Deseaba hablar con ella un instante.

MARY. Sí, señora. Ahora mismo.

GEME. Vamos a llamarla. *(Se van por la izquierda.)*

PEPE. *(A Modesto.)* De esto debe usté prevení a su chófe y a to los demás pa que al declará digan todos lo mismo.

MODES. Claro. *(A sor Ignacia.)* Voy con su permiso a dar un recado...

SOR IG. Sí, señor.

MODES. Porque yo he venido aquí después que ustedes.

SOR IG. ¿Cómo?

MODES. Yo pasaba en mi auto, casualmente, y de pronto oí un grito. ¡Ah!... Frené, paré, bajé, subí, entré y etcétera, etcétera.

SOR IG. ¿Qué?

MODES. Eso. Usted no me ha visto hasta ahora.

SOR IG. Yo creo que antes...

MODES. Hasta ahora.

SOR IG. Adiós.

MODES. No, si digo que... ¿eh?... ¡Es por no perderla! Luego le diré. Ahora voy a... Hasta ahora. *(Vase por la derecha.)*

PEPE. *(A sor Ignacia, que no ha comprendido nada.)* S'ha quedao usté en ayuna, ¿no?

SOR IG. Completamente. No sé lo que ha querido decirme.

PEPE. Pos eso, señora, que es tonto perdío. Pero, en fin, en er mundo tiene que habe de to, porque si tos fuéramos listos menúo joyín que se iba a armá: ¿no es verda? Ea; salú. Voy a darle una güertesita al herío a ve si se le ha pasao er "shó". Que ya va siendo mucho "sho". A lo mejón es que s'ha dormio. *(Al ver a Rosario que entra en escena por la izquierda.)* Señorita Rosario... Los cambiaso que ha dao er mundo desde que nos vimo la úrtima ve... Mandaban entonse los liberales... Hasta luego. *(Mutis por la izquierda.)*

ROSA. ¿Dicen que desea usted hablarme?

SOR IG. Sí, hermana. Uno de los criados ha entrado hace un instante en la habitación del enfermo que hemos venido a velar y al comentar con él y con su esposa lo sucedido, ha contado una historia que, francamente, estoy aterrada. ¿Usted sabe lo que cuentan?

ROSA. Lo adivino, madre.

SOR IG. ¿Y es cierto que tuvo usted en otro tiempo relaciones con el herido?

ROSA. Sí, madre. Antes de ingresar en nuestra orden fuí su prometida. Hubiera sido su esposa, si por una causa que no debo revelar no hubiéramos renunciado los dos al matrimonio.

SOR IG. *(Tras una breve pausa, acercándose a ella.)* ¿Y después?...

ROSA. Después, nada. Desde que rompimos nuestras relaciones no había vuelto a tener noticias suyas hasta este momento.

SOR IG. Ha sido una rara casualidad la que nos ha traído aquí a presenciar un suceso tan doloroso y del que ha sido usted causa involuntaria, Dios nos sacará con bien del trance, y puesto que aún está ahí el coche de la casa, abandonaremos este lugar y mañana daremos cuenta a la madre provincial de lo ocurrido.

ROSA. ¿Marcharnos cuando aún no ha recobrado el

conocimiento?... ¿Quiere usted que le abandonemos de ese modo, madre? Tal vez se halla en trance de muerte; está ahí rodeado de personas de dudosa conducta, y como él fué siempre algo descreído... *(A un gesto de sor Ignacia.)* Quien sabe si el Señor me ha puesto a su lado en este momento para que sea yo quien le excite a reconciliarse con él. ¡No me lleve de aquí, madre!... Aguardemos un poco... No quiero salir de aquí hasta saber si la vida de Aurelio corre o no peligro. Me detiene un doble deber: cuidar a un enfermo, que es la misión a que me he consagrado en la tierra, y procurar la salvación de un alma, a la que estuvo ligada la mía por un afecto humano, antes de estarlo por el único amor que ya puede sentir: por el amor divino. *(Conmovida.)* ¡Perdón, madre!

SOR IG. *(Conmovida también.)* Porque conozco su piedad; porque sé también lo que son las heridas de esos afectos de que habla; porque no sé si yo en su caso haría lo mismo que usted hace, accedo a lo que me pide... pero temo...

ROSA. No tema nada. Hay aquí personas que me son conocidas. Sé, además, que una de ellas ha ido a buscar a mi madre.

SOR IG. *(Estupefacta.)* ¿A...?

ROSA. *(Bajando la cabeza.)* Sí. También en eso quiero ver la mano de Dios. ¡Gracias, madre! Muchas gracias.

SOR IG. Que nuestro Señor la ilumine. *(Mutis.)*

PEPE. Ese hombre está mejón, señorita Rosario.

ROSA. ¿Eh?

PEPE. Los médicos disen que va a gorvé del "sho", porque ha suspirao, ha parpadeao y ha guiñao. *(A un movimiento de Rosario.)* No vaya usté porque no la van a dejá entrá. No quiere don Eladio que haiga naide delante cuando se despierte. Ha echao del cuarto a to er mundo. Hasta a Florencia, que la habemos tenío que sacá de allí a empujones. ¡Josú, cómo está la

pobresilla! ¿Usté s'ha fijao en cómo está? Claro, como la infelí es su mujé...

ROSA. *(Asombrada.)* ¿Su esposa?

PEPE. No, señora; su mujé, que no es lo mismo. Pa esposa no tiene ella categoría. ¿Ande va una zarrapastrosa como ella, que ni siquiera ha conosío a su gente? Porque ahí, aonde la ve usté tan sentía, es cunera; "hespisiana", que disen por allá, u "ospósita", que disen en Madrí. No es más que su mujé, y me parese a mí que lo va a sé poquito tiempo. Bueno, yo le hablo a usté de estas cosas porque me figuro que pa usté el señorito Aurelio es ya como si fuera de cartón piedra, ¿no? Porque enque haiga sío usté su novia en otros tiempos...

ROSA. Entre aquellos tiempos y los actuales están estas tocas que los separan para siempre.

PEPE. Y ole; asín debe de se. Yo los hábitos los entiendo asín, sin na de lo otro. Dos veses he visto yo a un cura metío en juerga, y las dos veses m'ha dao coraje y le he pegao. Pa esto de los hábitos soy yo muy respetuoso.

ROSA. ¿Y dice usted que él no?...

PEPE. El... claro; él que estaba por usté, cuando usté se las guilló der pueblo, anduvo busca que te busca, y como no la encontró a usté, pos lo que pasa; ar mori su padre de é y cogé los dineros se vino a Madri, se metió en juerga y s'alió con esa gachí, que era entonse una mujé de las caras, vamos: una mujé de postín. Ahora, que ahora está pagando con é toas las jechurías que había hecho en este mundo, porque ya, ni postín, ni orgullo ni na. Con esto de su colaura ha perdío er tipo. Como que don Aurelio no la ha plantao ya por la ley qu ella le tiene. ¡Pero qué vida lleva la pobre!... El a mandá y ella a obedesé; él a volá por ahí y ella guardaíta en su casa, a esperá como una mártir. En fin, la prueba de cariño que esa mujé l'ha dao a ese hombre, se cuenta y no se cree; que eso se lo han criticao muchísimo a los dos. Na, una niña que tuvo de é...

ROSA. *(Temblorosa.)* ¿Eh?...

PEPE. Sí, señora; va va pa tres años. ¡Un so es la criatura!... Bueno, pues ella, pa que a él le gustara la niña, en lugá de ponerle de nombre Florencia, como ella, le puso Rosario, como usté.

ROSA. ¡No!...

PEPE. Y Rosario se llama.

ROSA. ¡Jesús! ¿Y él no quiere a su hija?...

PEPE. ¡Vaya usté a sabé si la quiere o no! Por lo pronto no la tiene apuntá como suya, ni es con ella na aparente. Con su orgullo, usté carcule. ¡Usté era usté, y según desía la gente le paresía poco pa madre de sus hijo!... Ahora que como Dios castiga sin palo ni piedra sabe ya to er mundo que él tiene esa rastra y a ve quién se la quita d'ensima. *(Rumor de voces en el jardín.)* ¿Eh?... *(Mirando.)* Es don Modesto. Creí que era Virginia, que gorvía con su madre d'usté. ¡También ésa tiene un corasón!... Por ganarse unos duros es capá de traé a su madre d'usté en braso.

ROSA. Diga usted a esa mujer que yo necesito hablar con ella.

PEPE. ¿A qué mujé?

ROSA. A Florencia.

PEPE. ¿Por qué no entra usté a buscarla?... Allí está en el Gabinete tirá en un sofá y hecha un trapo.

ROSA. Iré. Es preciso... Es indispensable... *(Inicia el mutis.)*

PEPE. ¿Va usté a intersedé por ella, señorita?

ROSA. Por su hija.

PEPE. Si usté hase eso, por mi salú que le recorto yo a usté un cachito del hábito pa haserme un escapulario.

ROSA. Pida usted a Dios que todo salga a la medida de mis deseos.

PEPE. ¿Yo? ¿Pero usté se cree que siendo Dios to lo que es, le va a hasé caso a Pepe, el jardinero, que toavía no ha tenido influensia pa salí de Er Plantío?

ROSA. Pídaselo. A sus ojos, el más humilde es el que más vale. *(Mutis por la izquierda.)*

PEPE. Pos me veo quitándole la plasa a San Pedro. Y eso que de humirde no tengo yo hoy ni una tajaíta, porque yo, con sien duros en er borsillo, no me cambio esta noche ni por don Joaquín Rodríguez, Cagancho.

MAURI. *(Por la galería del foro, con el cacharro de los instrumentos.)* ¿A quién entrego estos instrumentos, amigo Pepe?

PEPE. Son der médico de Er Plantío; pero no sé si ahora lo podrá usté ver.

MAURI. ¿Los pongo aquí entonse? *(Por un mueble cualquiera.)*

PEPE. Póngalos usté; ¡pa cuatro días que vamos a viví!...

MAURI. ¿Hay buen humor?

PEPE. Hombre, los duelos, con pan son menos, que dijo "Plauton".

MAURI. Oiga usté, Pepe: ¿y usté va a declarar la verdad, en contra de don Ramón Serrano?

PEPE. Hombre, yo estoy ya cumplío con él, porque yo le di lo mío. Cuando me dijeron que lo sortara le metí una patá aquí detrás, en este güesito que le llaman er "coxido", que acuérdese usté que salió a gatas.

MODES. *(Muy contento, entrando por la derecha.)* Lo de los mecánicos está arreglado. Todos van a decir que en el momento del suceso pasaba yo para El Escorial.

MAURI. ¿Eh?

MODES. Verdad que Mauricio no lo sabe. Pues sí... *(Le da un billete de diez duros.)* Yo no estaba aquí de cena de despedida. Yo no ceno nunca... Estoy a leche.

MAURI. Sí, señor.

MODES. Yo pasaba y oí un grito... ¡¡Ah!!... Frené, paré, bajé, subí, entré y... el herido.

MAURI. Sí, señor.

MODES. ¡Me ha salvado Pepe! Voy a poner a Eladio al corriente de todo...

GEME. *(Muy contenta también, por la izquierda.)* ¡Ya ha vuelto! ¡Tenemos hombre!

MODES. ¡Gracias a Dios!

PEPE. ¡Ole!

GEME. Se le oye hablar con Eladio, como si tal cosa.

MODES. Voy a verle.

GEME. Todavía no dejan entrá.

MODES. A mí, sí. Tengo que prevenirles... *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¡No pierdo a Purita! *(Vase.)*

PEPE. *(A Gemelina.)* ¿Está la monja hablando con la señorita Florencia?

GEME. Llorando están las do como dos Mardalena. Que yo creí que Florencia, al verse con ella mano a mano, iba a tené argún repente. Pero na, llorá y na má.

PEPE. Tranquilidad entonse. Ya lo dise la copla:

Cuando lloran las mujere
con todo su sentimiento,
es señá de que descansan
los tigres que llevan dentro.

GEME. ¡Hijo mío, qué copla!

PEPE. De mi compare Sidoro, na más.

NAZA. *(Entrando precipitadamente por la puerta de la derecha.)* ¡Hola!... Qué: ¿cómo sigue ése?

PEPE. Bien.

GEME. Muy bien.

NAZA. ¿Eh? ¿Pero la herida?...

PEPE. Muy poca cosa.

MAURI. Casi nada, según dicen.

NAZA. ¡Caramba! Me he colado entonces. Claro, como yo salí de aquí con la impresión... Habrá que telefonear dentro de un rato, porque Mendívil, que estaba en una operación cesárea con Cienfuegos, Casatorres, Rolán y Garci-Pérez, va a venir a las tres con los demás compañeros... También habrá que avisar a los camilleros de la Cruz Roja, que ya deben venir de camino.

PEPE. ¡Pero don Nasario de mi arma!...

NAZA. Bueno, qué escándalo se ha armao en Madrid. No tienen ustedes idea. La noticia ha corrido como la pólvora, y como la gente exagera tantísimo...

GEME. ¿Pero es que usted ha ido contando...?

NAZA. ¿Qué iba a hacer, Gemelina? Me veían llegar excitadísimo buscando a Mendivil, me preguntaban lo que sucedía y no era cosa de no contestar a la gente. Además, que yo iba muy nervioso, y en mí el nerviosismo ha sido siempre confidencial. Si yo hubiera encontrado a Mendívil a las primeras de cambio, pero., quiá, ni en el Casino, ni en la Peña, ni en Bellas Artes, ni en Apolo, donde había un estreno de López Parra..., ese autor a quien le dan esos meneos tan espantosos...

GEME. ¡Ay qué lástima! Me lo he perdido. ¿Cómo se llama la obra?

NAZA. "Mi Madre".

PEPE. ¿Se le ha orvidao a usté argo?

NAZA. Digo que el título de la obra es ése: "Mi Madre".

GEME. ¡Qué raro!

NAZA. Dicen que es una martingala del autor para que la gente no hable mal de la comedia. Porque a ver qué espectador va a salir del teatro diciendo: "qué mala es "Mi Madre". "No me gusta "Mi Madre". "Malhaya sea "Mi Madre".

PEPE. Claro.

GEME. ¿Entonces asistió usted al estreno?

NAZA. Un instante, porque como sabía por Modesto que Purita estaba en el baile de la Satorre, me llegué de un salto a contarle lo sucedido.

GEME. ¿Eh?...

PEPE. ¿Qué?...

NAZA. Temí que alguien le soplara la noticia tergiversando los hechos... Como hay tanta gente amiga de llevar y traer... ¡El disgusto que se llevó la pobre!... No se hablaba en el baile de otra cosa...

PEPE. Pues cuando don Modesto se entere... ¡Josú!
NAZA. ¿Eh?
PEPE. Porque él ha preparado una historia pa hasé ve a to er mundo que no estaba aquí, sino que pasaba casuarmente, cuando lo del suceso.
MODES. *(Dentro.)* ¡¡Ah!!...
PEPE. A arguien se lo está contando.
NAZA. Caramba, hombre; pues eso se avisa. ¿Cómo iba yo a adivinar? Ahora siento haber dicho lo que he dicho, y siento también lo del retrato...
TODOS. ¿Eh?...
GEME. ¿Qué es lo del retrato?...
NAZA. Nada, un muchacho periodista que me pidió unos retratos de Aurelio, de Modesto y del matador... Bueno, del asesino, y como allí en el antepalco de nuestra sociedad había de todos, pues...
PEPE. ¿Y los van a publicá?
NAZA. Mañana. Tal vez telefoneando...
PEPE. ¡Josú, la que se va a armá! Bueno, que don Modesto no se entere de estas cosas, porque le da a usted un golpe.
GEME. ¡Vaya si se lo da!
NAZA. ¿Ustedes creen?...
PEPE. Sí, señó.
NAZA. *(Miedoso.)* Caramba, pues no decirle nada.
PEPE. Eso digo yo. Vamos a cailá, que bastante tragedia hamos tenío ya esta noche. *(Suena el timbre del teléfono.)* ¿Otra vez? *(Se acerca al aparato.)*
NAZA. Será de la farmacia de Covisa, que le dije yo que enviara un equipo como para un asesinato.
PEPE. *(Al teléfono.)* ¿Quién?... ¿Eh?... *(Con los pelos de punta.)* ¡Mardita sea su corasón de usté, so tío ladrón!...
TODOS. ¿Eh?...
PEPE. *(Como antes.)* ¡Asín se muera usté y su padre d'usté, que debió de se verdugo! *(Colgando el aparato.)* ¡Mardita sea! ¡Con lo que a mí me imponen estas cosas!

NAZA. Pero ¿quién era, Pepe?
PEPE. *(Estremeciéndose.)* ¡De una funeraria, ofresiendo cajas pa los restos y un furgón pa el arrastre, mardita sea mi sombra!
GEME. ¡Lagarto sea y que yo no lo vea!
MARY. *(Entrando muy alegre, por la izquierda.)* ¡Qué suerte, hija mía, qué suerte!
TODOS. ¿Eh?
MARY. Un milagro del cielo.
NAZA. ¿Cómo está?
MARY. Vistiéndose como si tal cosa. Oiga usted, Mauricio, que hay que hacer un poco de tila.
MAURI. Ahora mismo. *(Vase por la galería.)*
PEPE. ¿Va a darle tila ahora?
MARY. No es para él, es para Florencia, que ésa es la que está ahora que parece que va a morirse. ¡Jesús y qué a pecho lo ha tomao! No hace más que llorar y que besarle el crucifijo a la monja.
MODES. *(Entrando por la izquierda, cantando.)* Charlestón... *(Al ver a Nazario.)* ¡Ah! ¿Tú?
NAZA. *(En guardia.)* Ya lo ves, Modestillo.
MODES. ¡Contento me tienes, hombre!
NAZA. ¿Eh?
MODES. ¿Qué es eso de ir por ahí contándole a todo el mundo...?
NAZA. ¿Yo? ¡Vamos, hombre!
MODES. ¿Vas a decir que no?
NAZA. Claro que lo digo. ¿Crees tú que soy yo alguna portera habladora?...
MODES. Pues Larrubia y Romeruelo me han dicho por teléfono...
NAZA. A esos dos, sí. Como son íntimos de Mendívil, al preguntarles por el doctor tuve que decirles... Pero a ellos nada más.
MODES. Me tranquilizas. Porque es que, gracias a Pepe, que ha tenido una idea digna de Ponso du Terrail...
PEPE. ¡Y ole!
MODES. Si Purita se entera del suceso, que lo dudo.
NAZA. Pero ¿qué se va a enterar, criatura?

PEPE. Claro, señó, ¿quién va a sé el estúpido que va a di a contarle?
NAZA. *(Mirándole con las de Caín.)* Eso digo yo.
MODES. Nunca falta un mal nacido...
NAZA. Vamos, calla, calla...
MODES. No: pero si no me importa. Si aunque se entere no puede decir nada. ¿No ves que yo no estaba aquí?
NAZA. Ah, ¿no?
MODES. No. Aquí no había cenas de despedidas, ni señoras, ni monsergas. Habían ustedes venido a saber cómo seguía el enfermo. Yo pasaba casualmente, y de pronto oí un grito: ¡¡Ah!!
NAZA. ¡Ah!...
MODES. Frené, paré, bajé, subí, entré... y el herido.
NAZA. ¡Caramba!
MODES. Idea de Pepe.
VIRGI. *(Entrando por la derecha.)* ¡Qué! ¡Desirme la verdad! ¿Ha muerto?
GEME. ¡Mamá!
PEPE. ¡Señora!
MODES. Al contrario, Virginia; está perfectamente, gracias a Dios.
VIRGI. Como he visto por la carretera a los camilleros de la Cruz Roja, a un furgón de la desinfección y a ese agente de Seguros que le disen Pepe Cueto.
NAZA. ¡Ah! Sí. A ése le avisé yo por teléfono porque recordé que Aurelio tenía un seguro de vida en la "Equitativa, F. R..."
PEPE. *(A Mary.)* ¡Qué hombre más grande!... La que ha armao por una puñalaílla. ¡Si este tío asiste a la guerra "Uropea".
GEME. *(A Virginia.)* Y qué, ¿viste a...?
VIRGI. ¡No que no!
GEME. ¿Y ha venido?
VIRGI. Ella no se ha atrevido ante el temó de que su hija le haga un desaire en público. La que ha venido es la abuela. Ahí s'ha quedao hablando con la otra monja.

PEPE. ¿Y va a cumplí Teresa lo de...? *(Señal de dinero.)*

VIRGI. Eso ya está habiao, tratao y ultimao. Veintisinco mil pesetas como veintisinco mil luseros. ¡Con las ganas que yo tenía de viví independiente y de volver a sé lo que he sío siempre, una persona dirna! Porque yo, en mis prinsipios, he sido tan desente como la que más. Eso lo digo yo muy alto.

PEPE. *(Con chunga.)* Que hay enfermo, Virginia. *(Risas.)*

VIRGI. *(Quemada.)* Pepe, usté sabe que yo hasta los dose años no di que hablá ni esto... *(Indica con la uña.)* ¡Ay, qué estanco voy a poné!

NAZA. ¿Por qué no una lotería?

VIRGI. Pa una lotería no sirvo yo. Al instante vendía yo un billete sin quedarme con un desimito, por si acaso. Bueno, y a todo esto, ¿dónde está ella?

GEME. Hablando con Florensia en el gabinete.

VIRGI. La sorpresa que se va a llevá. A lo mejó no le gusta...

PEPE. No tema usté eso, porque yo, preparándole a usté los terrenos, he hablao con ella del particular y ella está esperando la cosa.

VIRGI. ¿Es de veras, Pepe?

PEPE. Yo me dije: Tú trabaja bien la partía, Pepe, que algo habrá para ti.

VIRGI. Veinte duros no hay quien se los quite.

PEPE. ¡Olé! ¡Viva el Rey!

VIRGI. *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Ay!, que ahí viene ya... *(Muy subrayadamente.)* Qué calor hase aquí, ¿verdad? *(Indicándoles que ahuequen.)* Niñas ..

GEME. Sí, mamá... *(A Mary.)* ¿Vamos a ver si han hecho tila?...

MARY. Como quieras. *(Mutis por la galería del foro.)*

NAZA. *(A Pepe.)* Voy a salir a la carretera para decirle a los que vayan viniendo que pueden marcharse... si quieren, y que ya Modesto les gratificará... ¡Bien me he colado! Ese estúpido de

Ramón no sirve ni para dar una puñalada. *(Mutis por la derecha.)*

MODES. *(A Virginia.)* Yo voy con usted porque tengo que prevenirla de algo muy importante para mí.

VIRGI. Sí, señor. *(Iniciando el mutis por la izquierda, con Modesto.)* Pepe, diga usté a doña Isabel que voy a llamá a su nieta.

PEPE. Sí, señora.

MODES. *(Al hacer mutis.)* Pues sí; yo esta noche no estaba aquí. Yo pasaba casualmente cuando oí un grito: ¡¡Ah!!... *(Se van los dos por la izquierda.)*

PEPE. *(Mirando hacia la derecha.)* La cara que va a poner la vieja cuando me vea aquí tan cachiparejo.

SOR IG. *(Entrando por la derecha, con doña Isabel.)* Pase usted, señora.

ISABEL. *(Que ha envejecido bastante.)* Muchas gracias. *(Estupefacta al ver a Pepe.)* ¿Eh?... ¿Pero qué visión es ésta?...

PEPE. ¡Chavó! ¿Ya va usté a prinsipiá?

ISABEL. Pero Dios mío, ¿es usted?...

PEPE. Sí, señora. El mundo es mu chico, doña Isabel. En bicicleta se le pué dar la güerta. ¡Quién nos iba a desí que después de siete años!...

ISABEL. Es verdad.

PEPE. Por usté parese que no han pasao.

ISABEL. Muy amable.

PEPE. Verdá es que más arruga no le cabían a usté en la cara.

ISABEL. Veo que sigue usté tan... majadero como siempre.

PEPE. Es justisia.

ROSA. *(Entrando en escena abrazando a doña Isabel.)* ¡Abuelita! ¡Abuelita! *(Al ver a sor Ignacia.)* ¿Eh?...

SOR IG. *(Cariñosamente, a un gesto de Rosario.)* Ocúpese... ocúpese de ella. *(Se sienta y reza.)*

ROSA. *(Sentando a doña Isabel en un extremo de la*

escena.) Pero ¿por qué no ha venido contigo?...

ISABEL. Temía que tú...

ROSA. ¡Por Dios! ¿Cómo iba yo, siendo mi madre?... No, abuela... Ni un momento he dejado de pedir por ella, porque ella es el único pesar de mi vida. Todos mis sufrimientos, todas mis mortificaciones, todas mis angustias, las he ofrecido siempre por ella, para que ella vuelva al camino del bien y sea... digna de ti.

ISABEL. *(Conmovida.)* Pues Dios ha oído tus ruegos, Rosario.

ROSA. ¿Eh?

ISABEL. Y si tú quisieras... y pudieras...

ROSA. ¿Qué?...

ISABEL. Desde tu huída, tu madre es como otra mujer. La idea de haberte hecho desgraciada parece como que ha roto el velo que cubría sus ojos. Sólo piensa en conseguir tu perdón. Dice... y lo dice llorando, ella, que no había llorado jamás, que si tú quisieras se iría contigo para siempre a la casita de Asturias, para disfrutar de ti lo que antes no disfrutó, para pasarse el resto de su vida bendiciéndote. Pero...

ROSA. Pero, ¿qué?

ISABEL. Tiene miedo a la hora de ajustar cuentas contigo.

ROSA. Una madre no tiene nunca cuentas que dar a su hija. Podrá pedirlas; que darlas, jamás.

ISABEL. Es que ella...

ROSA. Ella es mi madre. ¿Qué más puede decirme? Es lo que Dios y mi corazón, a la vez, me mandan querer sobre todo en el mundo. ¿Ella desea que yo le consagre mi existencia? ¿Puede depender de eso su regeneración? Pues ése será ya el único móvil de mis actos y el único fin de mi vida. Esa nueva idea es Dios quien se la inspira, y yo acepto con gusto esa inspiración de Dios. No me separaré de su lado mientras viva, sin que la sombra del pasado se interponga entre nosotras; y estaré junto a ella para quererla mucho, para prodigarla mis cuidados

y mis caricias, para ser su compañera, su hermana, su amiga... ¡su hija!, no su juez.

ISABEL. Qué buena eres, hija mía. Pero... ¿y ese hábito?...

ROSA. Este hábito lo llevaré siempre, abuelita. ¿Quién será capaz de arrancármelo? Cierto que para vivir con vosotras... Contigo también, ¿verdad?

ISABEL. De ese modo, sí, hija mía.

ROSA. Tendré que salir provisionalmente de la orden. Pero ya volveré y, sobre todo, yo creeré que no he salido de ella... Este abandono, siendo por vosotras... ¡por ella!, no parecerá a los ojos de Dios como una traición, como una infidelidad... Al contrario. Cuanto haga una hija en bien de su madre. debe resultar gratísimo a sus ojos. Siempre he tenido esta misma opinión. Hace unas noches velaba yo a un niñito muy enfermo. Su madre estaba ausente y le habían confiado a mis cuidados. Ya en trance de muerte, me dijo apuradísimo: "Hermanita, yo tengo un pecado gravísimo de qué acusarme. Yo no quiero a Dios sobre todas las cosas; yo quiero más a mi madre..." Y yo le repuse: "Hijo mío, no te apures; si pudiéramos ver en este mundo a Nuestro Señor, le veríamos sonreír satisfecho, porque para un hijo, su madre debe ser siempre lo primero de todo..." Un instante después, resplandeciente de júbilo, me decía al morir: "¡Ya veo a Jesús!... ¡Y me tiende sus brazos!... ¡Y me sonríe!..." Y estoy segura, abuelita. Jesús le tendía los brazos y le sonreía por querer a su madre sobre todas las cosas de la vida.

ISABEL. *(Conmovidísima.)* ¡Rosario!... ¡Niña!...

ROSA. *(Levantándose.)* Ea, puesto que Aurelio está ya bien y no necesita de nosotras, vámonos de aquí, abuelita. Mañana, mamá y tú id a recogerme, y yo, cumplidos todos los requisitos que sean necesarios, me uniré a vosotras hasta que Dios disponga de nuestras vidas.

ISABEL. *(Abrazándola.)* ¡Hija mía!...

ROSA. *(Al ver que entran en escena por la izquierda Florencia, Virginia, Aurelio y Eladio, seguidos de Modesto.)* ¡Calla!... Espera... *(Aurelio viene un poco desarreglado y un poco pálido, como es natural.)*

AURE. ¡Rosario!...

ROSA. ¡Cuántas gracias tiene que dar a Dios!

VIRGI. Verdad que todo ha sido como un sueño.

ELAD. *(A Aurelio.)* No hay que abusar; tu, siéntate. Avisaré al coche... *(Mutis por la derecha.)*

ROSA. *(A Florencia, que se le acerca.)* ¿Le ha dicho usted?

FLORE. Sí; pero no quiere... ¡No quiere!...

ROSA. ¿Es posible, Aurelio? ¿Ni siquiera le ha bastado este aviso de la Providencia?... ¿Consentirá que su hija sea tan desgraciada como otras?... ¿Que el día de mañana se avergüence de su madre?... Además, en un arranque digno de usted, cuando nació su hija ofreció a su madre reconocerla como suya... *(Aurelio baja la cabeza.)* y a ella le juró hacerla su mujer. ¿A qué espera?... Deseche toda cobardía. Cumpla su palabra... Ahora es cuando debe recordar que es noble; para esto sí que debe invocar su linaje y su orgullo: para cumplir con su deber.

AURE. Sería mi castigo, Rosario.

ROSA. Dios dijo: "toma tu cruz y sígueme". Cumpla con su deber como yo voy a cumplir con el mío. *(A sor Ignacia.)* Vamos, madre. *(Abrazando a doña Isabel.)* Hasta mañana. *(Dulcemente a todos y mirando a Aurelio amorosamente.)* La paz del Señor sea con vosotros. *(Mutis con sor Ignacia por la derecha.)*

ISABEL. ¡Es una santa!...

FLORE. ¡¡Aurelio!!... *(Arrodillándose ante él.)* ¡Aurelio!... *(Aurelio, que sigue con la vista a Rosario, pone una mano sobre la cabeza de Florencia.)*

MODES. Aunque estoy contento, estas escenas tiernas me... *(Suena el timbre del teléfono.)* ¿Eh? *(Acude al aparato al mismo tiempo que entran*

en escena, por la galería del foro, Mary y Gemelina.)

GEME. ¿Llaman?

PEPE. *(Entrando en escena por la derecha.)* Conflirto.

VIRGI. ¿Eh?

PEPE. Los camilleros que están ahí, creen que se han divertido con ellos, s'han puesto farrucos y dicen que ellos no se van de vasío.

MARY. ¡Atiza!

MODES. *(Al aparato.)* ¡Silencio!... *(Callan todos.)* ¿Eh?... ¿Quién?... ¿Tú?... ¿Pero eres tú, Purita? *(Todos quedan estupefactos.)* ¡¡Purita!! *(Horrorizado.)* ¿Qué? ¡Pero Purita! ¡Mentira! Yo pasaba y oí un grito: ¡¡Ah!!... ¿Quién te ha dicho? *(Colgando el aparato.)* ¡¡No!! ¡¡Esto no!!

NAZA. *(Entrando.)* Los camilleros, los doctores, los practicantes, los furgoneros...

MODES. *(Cayendo sobre él y echándole las manos al cuello.)* ¡Ah! *(Le aprieta la garganta.)*

TODOS. *(Asustados.)* ¡¡Ay!!

VIRGI. ¡¡Modesto!!

NAZA. *(Cayendo desvanecido.)* ¡Ay de mí!

VIRGI. ¡¡Dios mío!!

PEPE. ¡No apurarse, que nos hemos sarvao! ¡Desirle a los camilleros que pasen por este hueso asidentao!

TELON